

BOLSILIBROS
BRUGUERA

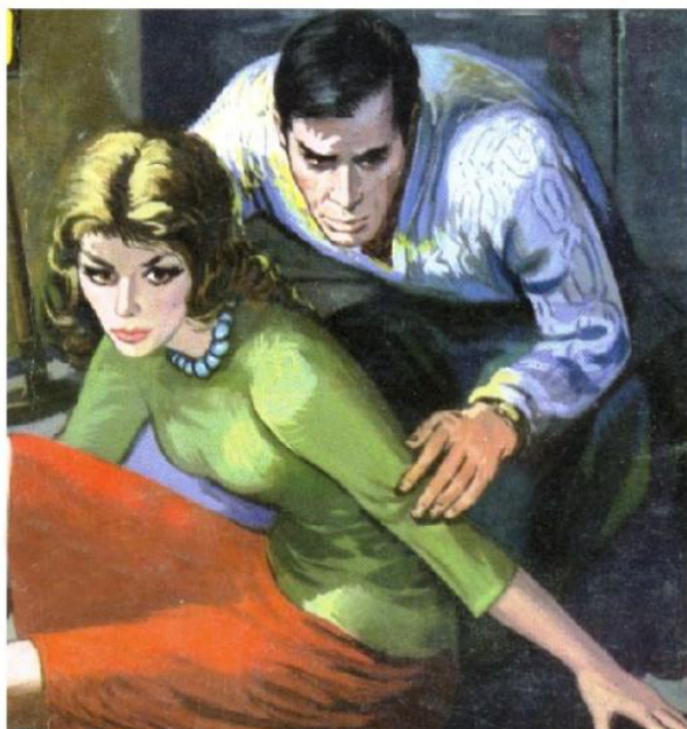
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

SEXTA PARTE DE UN ASESINATO

CLARK
CARRADOS





SS **SERVICIO SECRETO**



CLARK CARRADOS

SEXTA PARTE DE UN ASESINATO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.015

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito legal: B. 41.674 - 1969
Impreso en España - Printed in Spain
1a edición: enero, 1970

© CLARK CARRADOS - 1970
texto

© JAIME PROVENZAL - 1970
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Sonó el timbre de la puerta. Jerry Storch levantó la cabeza y miró hacia la entrada del piso con aire perplejo, preguntándose quién podría ser la persona que venía a visitarle a horas tan intempestivas.

Consultó el reloj maquinalmente. Pasaban de las once de la noche.

—¡Qué tarde es! —murmuró, asombrado de la rapidez con que había transcurrido el tiempo.

La verdad era que Storch se había dejado absorber por el trabajo y las horas habían desfilado velozmente, sin que se diese cuenta de ello hasta que oyó el musical *dingdong* de la campanilla de llamada.

El tintineo se repitió. Storch se puso en pie, maldiciendo al inoportuno. Se desperezó, estirando los brazos, a la vez que contenía un bostezo maquinal.

Era un hombre joven, fuerte, de veintinueve años de edad. Storch dedicaba algunas horas semanales a hacer gimnasia. Su trabajo era relativamente sedentario y no quería que sus músculos se enmoheciesen antes de tiempo.

Abrió la puerta. Parpadeó al ver a los dos sujetos que estaban en el umbral.

—¿Jeremy Storch? —preguntó uno de ellos con voz sin inflexiones.

—Sí, en efecto —admitió el joven.

Estaba asombrado. Nunca había visto a aquellos dos sujetos ni tampoco a gentes de su catadura.

Parecían hermanos gemelos, a juzgar por la semejanza de sus respectivas fisonomías. Pero lo que más impresionó a Storch fue su tremenda corpulencia, que indicaba una potencia muscular poco común.

Acaso eran más bajos que él, pero tenían los hombros

muchísimo más anchos y sus brazos parecían troncos de olivo. Las facciones eran duras, cuadradas, y el pelo, bajo los sombreros con que se tocaban, daba la sensación de estar cortado a cepillo.

—Tenemos que hablar con usted —dijo uno de los gemelos.

—Es un poco tarde ya, ¿no les parece? —contestó Storch, recelando de las intenciones de los dos individuos.

—Seremos breves —prometió el otro.

Storch cedió.

A pesar de todo, se sentía invadido por una indefinible aprensión. ¿No se trataría de unos atracadores?

En tal caso, poco dinero podían llevársele. Lo peor era si empezaban a maltratarle.

Se echó a un lado. La tétrica pareja cruzó el umbral y Storch cerró la puerta.

—Hemos venido a llevarlo con nosotros —manifestó uno de los gemelos, sin que variase la impenetrable expresión de su cara cuadrada.

Storch abrió la boca de par en par.

—He oído mal —dijo.

—No. Mi hermano ha dicho la verdad —habló el otro sujeto.

—Están de broma —sonrió Storch. Alargó la mano hacia el picaporte de la puerta—. Hagan el favor de marcharse por dónde han venido.

Una mano se apoyó sobre la suya. Los diminutos ojillos de uno de los gemelos le contemplaban malignamente.

—No es ninguna broma —dijo el individuo.

Y, de repente, agarró a Storch por la cintura y lo levantó en vilo, arrojándolo por el aire hacia donde estaba el otro intruso.

Storch aterrizó en los brazos del hércules, sintiéndose inmediatamente como en poder de unas gigantescas tenazas. Quiso liberarse, pero sus esfuerzos resultaron completamente inútiles.

—Dale ya, hermanito —dijo el gemelo que le sujetaba.

—Sí, desde luego.

El otro sacó un pequeño tubito, de unos doce centímetros de longitud por dos de grueso y se acercó a Storch.

—No me lo echas a la cara —pidió el que sujetaba a Storch.

—Descuida.

Storch tenía los pies en el aire. De pronto, con un supremo

esfuerzo, levantó ambas piernas y golpeó con todas sus fuerzas la cara del intruso.

Se oyó un rugido de dolor, mientras el pulverizador volaba por los aires. El intruso se tambaleó, con las narices manchadas de sangre.

Los brazos que sujetaban al dueño de la casa aumentaron su presión. Storch echó la cabeza hacia atrás bruscamente.

Fue un gesto inútil; su captor pareció adivinarlo y retiró la cara.

—Pero no puedes retirar las piernas —masculó el joven.

Y «coceó» las espinillas de su adversario.

El hércules lanzó un rugido de dolor. Abrió los brazos y Storch aprovechó la ocasión para poner los pies en el suelo.

Inmediatamente se revolvió. Con el filo de la mano, asestó un golpe canallesco a la garganta de su adversario.

Los gruñidos se transformaron en gorgoteos. Storch no era un alfeñique y había golpeado con todas sus fuerzas. El gemelo se tambaleó, con el rostro deformado por un intenso sufrimiento, agarrándose la garganta con ambas manos.

En aquel instante, Storch sintió que le pasaban un brazo por el cuello. Quiso desasirse, pero el otro gemelo aumentó la presión.

Storch sintió que se ahogaba. De pronto, vio aparecer una mano a escasos centímetros de su cara.

La mano empuñaba el pulverizador. Un chorro de vapor brotó de repente del aparatito.

Storch percibió un intenso olor dulzón. Todo empezó a dar vueltas ante sus ojos.

Medio minuto más tarde, había perdido por completo el conocimiento.

Jerry Storch creía estar soñando.

Hallábase en una especie de cabina encristalada, de un metro escaso de anchura, por dos de alto y unos ciento veinte centímetros de fondo. Detrás de él había una puerta de metal, con cerradura sólo por el exterior.

En la cabina había un sillón cómodo y un micrófono. La cabina daba a una sala circular, en cuyo fondo se veían tres monumentales pantallas de televisión.

Storch vestía ahora un mono de color gris, de tela suave y esponjosa, con una A mayúscula en oro sobre el pecho. Todavía no

estaba muy seguro de las cosas que le habían pasado hasta llegar a aquella cabina.

Vagamente recordaba haber sido metido en un auto, trasladado a un lugar desconocido y situado de su casa a una distancia también desconocida, aunque estimaba que era grande, metido luego en una habitación y sometido periódicamente a forzosas curas de sueño, alternadas con períodos de alimentación.

También creía recordar haber sido despojado de sus ropas al llegar a aquel sitio. En lugar de su indumentaria, vestía ahora aquel mono de color gris, tan poco animado.

Pero eso era todo lo que sabía. Ni siquiera conocía al dueño de la casa donde se encontraba ahora ni mucho menos los motivos del secuestro.

Lo único que recordaba con certeza era la visita de los dos tétricos gemelos y su pelea con ellos. Después, todo se volvía nebuloso, impreciso.

Ni siquiera era capaz de puntualizar el tiempo que llevaba en aquel lugar, puesto que hasta del reloj había sido despojado.

Una de las pantallas de televisión se encendió de pronto, precisamente la del centro. El rostro de un individuo de pelo negro, facciones duras y expresión imperativa apareció ante los atónitos ojos de Jerry Storch.

—Señorita, caballeros —dijo el hombre—, soy Charles Arthyll. Storch parpadeó.

¿Había más prisioneros?

La voz del llamado Arthyll había resonado a través de un altoparlante muy bien disimulado en las paredes de la cabina. Después de aquella breve introducción, Arthyll prosiguió:

—Ninguno de ustedes seis me conoce, al menos personalmente, pero yo sí les conozco a todos y estoy perfectamente al corriente de sus vidas, profesiones y demás detalles individuales. Indudablemente, estarán preguntándose por el motivo de su estancia en mi casa, pero dentro de unos momentos voy a satisfacer su curiosidad. Ah, por favor, perdonen; había olvidado un detalle.

Arthyll aparecía en la pantalla como los locutores de noticiarios televisados, sentado tras una mesa y visto solamente de medio cuerpo. Alargó la mano derecha y presionó un botón de una serie situada en un lado de la mesa.

La pantalla que estaba a la izquierda de Storch se iluminó a los pocos momentos. Con gran sorpresa suya, Storch se vio a sí mismo encerrado en su cabina de frontis encristalado.

Pero había cinco cabinas más, todas análogas a la suya y ocupadas por cuatro hombres y una mujer. En total había seis cabinas, cuyas paredes medianeras eran opacas y no permitían que sus habitantes se vieran entre sí.

Pero la cámara de televisión recogía la imagen de las seis cabinas en batería y Storch podía ver perfectamente a los otros, lo mismo que éstos le veían a él. Las grandes dimensiones de la pantalla permitían apreciar los detalles con singular claridad.

—Otro detalle —prosiguió Arthyll, sin inmutarse—. Cada uno de ustedes tiene ante sí un micrófono. Pueden hablar cuando yo se lo pida o ustedes lo consideren necesario. Sin embargo, agregaré que yo tengo a mano el control de sonido y que puedo acallar sus protestas si lo estimo procedente.

Storch creía soñar.

¿Adónde le habían llevado? ¿En qué clase de manicomio se hallaba?

—Y ahora —dijo Arthyll, sin variar un ápice la expresión de su cara—, les explicaré los motivos por los cuales están aquí. Sencillamente, cada uno de ustedes ha cometido la sexta parte de un asesinato y deben pagarlo... con la vida, si no son lo suficientemente hábiles.

CAPÍTULO II

¡Absurdo!, se dijo Storch.

¿Cuándo había cometido él un crimen? Jamás había sido ni siquiera cómplice de un hecho semejante... y ahora, aquel tipo, que debía de estar loco de remate, le acusaba nada menos que de haber tomado parte en un asesinato.

Exactamente, la sexta parte.

¿Sexta parte? Pero ¿qué quería decir aquel chiflado?

Arthyll pareció adivinar sus pensamientos. Por primera vez en todo el tiempo sonrió ligeramente.

—No, no estoy loco —dijo—. Simplemente, como he dicho, deseo vengar ese crimen en cada uno de los que lo cometieron, siquiera sea parcialmente. Por supuesto, daré posibilidades a cada uno de defenderse de la acusación; todo acusado tiene derecho a defenderse... pero la defensa que cada uno de ustedes hará de sí mismo será un poco peculiar.

Una voz femenina, burlona, sarcástica, dijo:

—Carlitos, anda y que te encierren en el manicomio. Estás como una olla de grillos.

La mirada de Arthyll se dirigió hacia la mujer que acababa de hablar. Storch miró a la pantalla.

Era una mujer todavía joven, guapa, un tanto basta, de formas opulentas, que parecían comprimidas dentro del traje gris que llevaba, al igual que todos los ocupantes de las cabinas. Tenía el pelo rubio, pero daba la sensación de ser un descarado producto de laboratorio.

—Tú te refieres a tu hermano, Ben «El Guapo», ¿verdad? —continuó la mujer—. Pues mira, no lo maté yo, ni sabía que estuviese muerto, pero si he de decirte la verdad, el mundo se ha librado de un verdadero estorbo.

Los ojos de Arthyll despidieron destellos de ira.

—¡Era mi hermano! —gritó.

—¡Era un cerdo! —vociferó la mujer—. Si lo sabré yo maldito italiano, asqueroso «piel morena»...

Los nudillos de Arthyll blanquearon. Storch se quedó atónito. ¿Arthyll de origen italiano?

—Sí, tú has «arreglado» tu apellido, pero te llamas Artillassi —siguió la mujer—. Oí hablar de ti a tu hermano y te ponía verde cada vez que te mencionaba. Incluso dudaba de vuestro parentesco...

—¡Calla, calla! —rugió Arthyll, devorado por la ira. Alargó una mano y apretó un botón.

La voz de la mujer cesó instantáneamente. Storch a vio mover los labios, pero no se percibía ningún sonido. Arthyll había desconectado su micrófono.

—Pasaré por alto las manifestaciones de la señorita Miller —continuó Arthyll, tras haberse calmado—. Es un desahogo lógicamente permisible dadas las circunstancias. Pero sean cuales fueren mis relaciones con mi hermano, éramos de la misma sangre y su muerte debe ser castigada.

—¿Nos matará a plazos? —preguntó una voz deliberadamente aflautada.

Storch miró al que acababa de hablar, un hombre bajito, regordete, calvo, de nariz colorada y ojillos maliciosos. Tenía pinta de corredor de apuestas y hasta de vendedor de drogas si se terciaba.

—Dentro de poco lo sabrá usted, Mike Bilton —contestó Arthyll reposadamente—. Y digo dentro de poco, porque ahora voy a lanzar la primera acusación.

Hizo una corta pausa.

—El número uno es Jerry Storch —anunció.

—Yo no conocía a su hermano, ni he tenido jamás relación con él —declaró el aludido.

—Está equivocado, Storch —contradijo Arthyll—. Usted le conoció hace cosa de dos años en un club nocturno, el *Black Light's*. Tuvieron una discusión. ¿Lo recuerda?

Storch buceó en su memoria.

Una discusión en el *Black Light's*...

—Sí, señor Storch. Usted golpeó a mi hermano y le causó una

profunda herida en el pómulo...

Storch chasqueó los dedos.

—Es cierto —admitió—. Y si se presentara la ocasión de nuevo, le golpearía no una vez, sino una docena de veces. ¿Sabe por qué le pegué?

—Explíquelo, por favor. Puede que sirva para su defensa —contestó Arthyll en tono calmoso.

—Yo estaba con una amiga mía. Su hermano, ahora recuerdo que luego alguien me dijo que era Ben «El Guapo», empezó a molestarla. Acabó llenándole el escote de champaña. Entonces le pegué, como habría hecho cualquier hombre con un mínimo de dignidad personal, cosa de la que, al parecer, carecía su hermano.

—Pasaré por alto sus ofensas, señor Storch —dijo Arthyll con aparente tono de benignidad—. Sin embargo, le diré que aquel golpe lanzó a mi hermano contra una mesa y, a consecuencia de ello, se hizo un profundo corte en la mejilla izquierda, que desfiguró notablemente su físico. Sus amigos empezaron a llamarle «Caracortada», lo cual acabó desfigurando también su carácter. ¿Comprende lo que quiero decirle ahora?

—Por lo poco que puedo juzgar, su hermano era ya lo que era antes de nuestro encuentro. No le hacía falta ningún golpe para que se le desfigurase el carácter; lo tenía ya desfigurado desde hacía muchísimos años.

Arthyll no se inmutó por aquellas palabras.

—Mi hermano ha muerto asesinado. Cada uno de ustedes lo mató un poco, exactamente una sexta parte. Usted, señor Storch, cometió una sexta parte de asesinato el día que le golpeó en el *Black Light's*. Es, por tanto, el número uno de mi lista.

—¿Y los demás? —preguntó Storch.

—Ahora lo van a saber —contestó Arthyll.

—El segundo en la lista —prosiguió Arthyll—, es Mike Bilton. ¿Cuánto le estafó usted la última vez en que le encomendó una apuesta, Mike?

Bilton, el regordete, hizo una mueca que quería parecer una sonrisa.

—No sé nada de eso —contestó.

—Cincuenta mil dólares —puntualizó Arthyll.

—Miente —dijo Bilton.

—Ni un centavo menos. Mi hermano había depositado mucha fe en aquella apuesta. Apostó por el caballo que iba a resultar ganador, y ésas fueron las órdenes que le dio a usted, Bilton.

—Arthyll, le convendría mucho saber las deudas que su infecto y piojoso hermano tenía conmigo.

—No le debía un solo centavo, Bilton. Usted hizo trampa y apostó a otro caballo, a un penco que llegó en penúltimo lugar... es decir, dijo que había apostado, pero no puso un solo dólar en esa apuesta. Y luego pretendió cobrar a mi hermano el dinero de la apuesta, alegando un error en la orden de colocación de dicha y repetida apuesta.

—Y lo cobre, lo cobré —dijo Bilton, sonriendo cínicamente.

—Sí, enviando a dos matones a que le dieran una paliza a mi hermano.

—Su hermanito conocía las reglas del juego y no quiso pagar. Hice lo que hacen muchos corredores de apuestas con los jugadores informales. Cobré, vaya si cobré.

—Cobró el resultado de una trampa, Bilton.

—Repito que su hermano me debía mucho dinero desde tiempo antes y siempre se había negado a pagarme. Me cansé, eso es todo —declaró Bilton con gesto hastiado.

—Bien, ésa fue su sexta parte de asesinato, Bilton. ¿Sabía que Ben tuvo que permanecer más de un mes en la cama, a consecuencia de la paliza que le propinaron sus matones?

—No lo sabía, ni me importa tampoco —contestó el corredor de apuestas con gesto despectivo.

—Está bien. Pasemos ahora a otro de los asesinos parciales. Se llama Ana Miller.

Arthyll conectó el micrófono de la mujer.

—Abandonaste a Ben —acusó.

—Abandoné a un perro —dijo ella, sin morderse la lengua.

—Ben te quería.

—Lo mismo que a su cepillo de dientes o a su caja de fósforos. Cuando se gastaba o se vaciaba, los tiraba. Solamente quise darme el gustazo de dejarle plantado antes de que él me dejara plantada a mí.

—Ben se afectó muchísimo. Ya no fue más el mismo desde

entonces —manifestó Arthyll con acento de tristeza—. Por eso, al abandonarle, cometiste tu sexta parte de asesinato, Ana.

Ella hizo un gesto gráfico con la lengua. Arthyll se dirigió entonces a otro de los presentes.

—El número cuatro es Ovis Laren —señaló.

Storch contempló al individuo mencionado, un hombre joven y no mal parecido, de buena estatura, con un bigote negro que se acariciaba constantemente.

—Ovis Laren —repitió Arthyll—. En realidad, tu sexta parte de asesinato es, digamos, «contigua» a la de Lex Campbell, sedicente doctor, especialista en cirugía estética.

»Tú, Laren, eras amigo, o decías serlo, de mi hermano Ben, y le hablaste de un buen cirujano que le quitaría la cicatriz del pómulos. El tal cirujano era Lex Campbell y cobró a mi hermano una elevada cantidad por una operación que no dio el menor resultado. ¿Miento?

Laren hizo una mueca.

—Su hermano me había estafado diez mil dólares en cierta ocasión —declaró—. Lo hizo a conciencia y luego se burló de mí. Yo sólo me limité a tomarme el desquite.

—Un sangriento desquite.

—Donde las dan, las toman —dijo Laren con sorna.

—El número cinco, Campbell, estudiante de medicina hace muchos años, pero no graduado, se limitó a cobrarle a mi hermano una elevadísima suma por una operación quirúrgica que resultó un rotundo fracaso. ¿Me equivoco? —preguntó Arthyll.

Storch dirigió la vista hacia la pantalla. Campbell era un sujeto de unos treinta y cinco años, con abundantes claros en el pelo y bolsas en los ojos. Su rostro no varió de expresión al escuchar la acusación de que era objeto.

—Como ser perteneciente a la especie humana, su hermano Ben era un individuo perfectamente suprimible. Me alegro de que alguien lo haya hecho —declaró Campbell.

—Usted le cobró veinte mil dólares por la operación, cantidad que repartió luego con su compinche Ovis Laren.

—Laren y yo somos amigos —dijo Campbell escuetamente.

—Y usted, por amistad, cometió su sexta parte de asesinato.

Campbell se encogió de hombros con gesto desdeñoso.

—El calificativo que antes aplicó a su hermano la señorita Miller está perfectamente justificado —dijo.

—Bien, bien, ésa es una opinión suya, «doctor» Campbell. Pasemos ahora al número seis, señor Hann O'Teyne.

Storch miró al aludido, un hombrecillo de aspecto significativo, pálido y sudoroso. ¿Qué ofensa tenía que vengar Arthyll en aquel individuo?

—Usted, señor O'Teyne, era cajero del Banco que mi hermano intentó asaltar. Hizo funcionar el timbre de alarma y Ben escapó, pero fue localizado más tarde y muerto en un tiroteo con los agentes de la autoridad.

—Cumplía con mi deber —dijo O'Teyne.

—¿Era suyo el dinero? ¿Por qué no permitió que mi hermano se llevase unos miles de dólares, que a usted no le causaban ningún perjuicio?

O'Teyne apretó los labios.

—Odio a los atracadores, a los ladrones, a los estafadores, a todos, en fin, que tratan de vivir a costa de los demás —declaró con voz más enérgica de lo que hacía suponer su endeble figurilla—. Siempre he sido un hombre honrado y me repugnan los tipos como su hermano. Si lo mató la policía, bien muerto está.

«El viejo espíritu americano», pensó Storch. Un hombre valeroso O'Teyne, pese a su menguada apariencia física. Pero cuando declamaba aquellas frases, se había convertido en un gigante.

—Usted no debió tocar el timbre de alarma —dijo Arthyll tristemente—. Al hacerlo, realizó su sexta parte de asesinato.

—Bueno, pero ¿qué tenemos nosotros que ver con el atraco del que resultó la muerte de su hermano? —exclamó Storch, intrigado.

—Es muy sencillo —contestó Arthyll—. Toda esa serie de circunstancias en las que se vio envuelto, su golpe, la cicatriz, el abandono por parte de Ana Miller, la estafa de Bilton y la que cometieron con él un falso cirujano y su amigo, motivaron en mi hermano un estado de depresión de ánimo del que no pudo sobreponerse.

—Y por eso atracó el Banco, para elevar su moral —dijo Ana sarcásticamente.

—Y porque se había quedado sin blanca —rió Bilton, adivinando la verdad.

—Exactamente. Por eso, aunque los disparos fueron hechos por los policías, la realidad es que todos ustedes, cada uno por separado, le mataron un poco. Y ahora yo quiero vengar esa muerte —concluyó Arthyll tajantemente.

CAPÍTULO III

Ahora ya conocía los motivos de los demás, se dijo Jerry Storch.

Ben Arthyll había sido, en vida, un indeseable. Pero era hermano de Charles Arthyll.

¿No había sido Ana Miller la que había acusado a Arthyll de llevar sangre italiana en las venas?

En tal caso, se comprendía el ansia de venganza del individuo. Pero aún había más.

A Storch no le cabía la menor duda de que Arthyll estaba loco, cuando menos en lo referente a vengar la muerte de su hermano.

Realmente, todos los que estaban en las cabinas habían influido de un modo u otro en el comportamiento de Ben «El Guapo». Sus relaciones con él, siquiera hubieran sido breves, habían constituido factores desencadenantes de un proceso que había acabado por conducirlo, con un revólver en la mano, ante la ventanilla de caja de un Banco.

Igual habría pasado con otras personas, se dijo Storch. Ben debía de haber sido un sujeto depravado, un niño mimado al que todo le está consentido. Para Charles Arthyll, todo lo que hiciese su hermano estaba bien hecho y, naturalmente, no podía tolerar que nadie castigase o se burlara del niño mimado de la casa.

—Pero les daré ciertas posibilidades de sobrevivir —agregó Arthyll—. Creo habérselo dicho antes; incluso, cuando alguien es condenado a muerte, puede elevar recursos legales para defender su vida ante tribunales superiores.

—¿En qué va a consistir nuestra condena? —preguntó Campbell.

—Mejor querría yo saber cuál va a ser el recurso que podré presentar contra la ejecución de esa condena —manifestó Laren.

—Esto es ilegal —gritó O'Teyne—. Yo no hice más que cumplir con mi deber, y mil veces que su asqueroso y bandidesco hermano se presentase en mi Banco con un revólver en la mano, mil veces

haría funcionar el timbre de alarma.

—No se moleste, cajero —terció Ana fríamente—. Ese puerco que tenemos en pantalla no hará...

La voz de Ana se cortó de nuevo, otra vez. La mujer tuvo que limitarse a hacer gestos obscenos con las manos.

—Le diré una cosa —habló el corredor de apuestas—. Puede que muera y no me va a gustar, pero disfrutaré mucho pensando en que su repugnante hermanito se me adelantó.

—Y yo diré también otra cosa —intervino Storch—. Arthyll, yo no dudo de la honradez y decencia de sus progenitores, ni me permitiré dudar tampoco de la ascendencia de Ben, pero por lo que sé personalmente y lo que he oído, puedo asegurar solemnemente que Ben era un hijo de perra.

Los ojos de Arthyll emitieron un destello de ira. Sin embargo, no contestó de un modo directo.

—Va a empezar la primera prueba —anunció—. Todos ustedes realizarán una serie de pruebas, de las que podrán salir indemnes o no. El que las salve, conservará la vida.

—¿Dónde hay unos loqueros? —gritó Laren—. ¡A ver, que encierren a ese chiflado!

Sí, pensó Storch, Arthyll tenía que estar loco para relacionarlos a ellos con la muerte de su hermano. Ciertamente, las circunstancias habían empujado a Ben al robo... pero, tarde o temprano, habría acabado de la misma manera.

Sólo que les había tocado a ellos, se dijo amargamente.

—Vean en qué consiste la primera prueba —dijo Arthyll, a la vez que oprimía un botón de la mesa—. Y naturalmente, el primero que la efectuará será el señor Storch.

La tercera pantalla se iluminó.

Storch divisó ante sí una habitación espaciosa, de forma cuadrada, cuyo suelo estaba sustituido por una piscina llena de un líquido del que se desprendían algunos vapores. Al otro lado, divisó una puerta, cuyo borde inferior quedaba a unos cincuenta centímetros de la superficie del líquido.

Una angosta tabla, de no más de diez centímetros de anchura, atravesaba la habitación longitudinalmente.

La puerta se abrió. Un individuo, en quien Storch reconoció a uno de los gemelos que le habían secuestrado apareció con un

cerdito vivo en las manos.

El sujeto llevaba una especie de máscara puesta que le protegía las fosas nasales. De pronto, alargó los brazos y lanzó al cerdito al centro de la piscina.

Espesos vapores se elevaron del lugar donde había caído el animal. Storch, al verlos, sintió que los pelos se le ponían de punta.

Aquel líquido era...

Arthyll pareció adivinar sus pensamientos. Apagó la pantalla y sonrió:

—Sí, es ácido sulfúrico —dijo—. Y la primera prueba consiste en atravesar la habitación de lado a lado, pasando por encima de esa tabla.

Storch estaba anonadado.

La longitud de la tabla era, al menos, de seis metros. ¿Cómo iba a soñar en mantener el equilibrio en espacio tan angosto?

—Pero yo soy menos duro de lo que parece —dijo Arthyll—. Facilitaré la travesía, entregándoles una pértiga que les ayude a mantener el equilibrio, lo mismo que hacen los acróbatas en el circo. Ahora bien, si lo pierden y caen a la piscina...

Arthyll dejó en suspenso el resto de la frase. Storch le vio sonreír y comprendió que se hallaban en poder de un individuo sádico, que iba a disfrutar con sus padecimientos, so capa de satisfacer una absurda y disparatada venganza.

La puerta de la cabina se abrió de pronto.

Storch se volvió. Los dos gemelos estaban ante él.

—Salga —ordenó uno de ellos.

El joven obedeció. Los gemelos le sujetaron por ambos brazos y, en volandas, lo llevaron a través de un pasillo circular, hasta una habitación cuadrada, con una puerta, ante la cual esperaban otros dos individuos.

Storch creyó entonces hallarse bajo el influjo de una espantosa pesadilla.

No eran dos, sino cuatro los gemelos. Todos iguales, absolutamente, idénticos, como obtenidos de un mismo molde hecho especialmente para elaborar cuerpos humanos.

Cerró los ojos. No, no era verdad lo que estaba sucediendo.

Cuatro gemelos. Cuatro caras iguales.

Una estridente carcajada se escapó de sus labios. Se convulsionó

como si estuviese poseso.

Y entonces, unas manos le pusieron una máscara de tela delante de la cara, tapándole boca y narices.

El contacto de la tela le volvió a la realidad.

Estaba vivo, no soñaba y su mente se hallaba en perfecto estado.

Ocurría solamente que se encontraba en poder de un loco, que ansiaba disfrutar de emociones prohibidas a los demás mortales.

La puerta se abrió.

Storch vio ante sí la tabla que atravesaba la piscina llena de ácido sulfúrico.

Al otro lado había una puerta abierta. Si llegaba a la puerta estaría salvado... de la primera prueba tan solo.

¿En qué consistía la segunda prueba?

Era mejor no pensarlo. Unas manos pusieron en las suyas una fuerte pértiga, al parecer de metal, forrada de goma.

Storch comprendió que no tenía otro remedio que atravesar la estancia. Cualquier resistencia sería inútil delante de cuatro —nada menos que cuatro—, gemelos, fornidos y despiadados.

Sopesó la pértiga. Calculó la distancia y la anchura de la estancia.

La pértiga medía tres metros. La anchura de la habitación era de cuatro.

Por tanto, pensó, de la tabla a cualquiera de las paredes laterales había dos metros.

¿Para qué correr riesgos innecesarios?, se dijo. ¿Por qué hacer de equilibrista, una cosa que él no había practicado jamás?

Resuelto, puso un pie en la tabla. Luego el otro.

Pero en lugar de avanzar sosteniendo la pértiga en equilibrio con ambas manos, la estiró lateralmente, apoyando la contera en la pared situada a su izquierda.

Era mejor así. La pértiga era un punto de apoyo, simplemente, en lugar de una ayuda al equilibrio.

Avanzó, paso a paso, sintiendo en los ojos el escozor de los vapores que se desprendían del ácido sulfúrico. A cada paso que daba, avanzaba la pértiga, apoyándola con fuerza en la pared.

Detrás de él oyó voces, algunas de asombro, otras de cólera. Pero no hizo caso.

Eran seis metros de tabla, sólo seis metros, pero le parecieron

seis mil. Por fin, se encontró a un paso de la otra puerta y salvó aquella distancia de un salto.

Entonces, el suelo falló bajo sus pies.

Un agudo grito se escapó de sus labios, mientras caía en el vacío.

Su cuerpo chocó contra una superficie inclinada. Resbaló y rodó aparatosamente, dándose cuenta, en la oscuridad, de que caía por una pendiente en espiral.

Una cosa blanda detuvo su vertiginosa caída. Al tacto. Storch adivinó que era una red.

La red cedió. Storch se puso en pie.

Una puerta se abrió delante de él. La voz de Arthyll sonó a través de un invisible altoparlante.

—Ha tenido usted un rasgo de ingenio realmente notable —dijo el demente individuo—. Confieso que a mí no se me habría ocurrido nunca emplear la pértiga de semejante manera. Ahora, por favor, busque la habitación número uno y enciérrese en ella.

Storch se encontró en un pasillo de trazado recto, con seis puertas, aparte de la que había empleado para salir, tres a cada lado. Buscó el número uno y tiró de la manija de la puerta.

Cruzó el umbral. La puerta se cerró automáticamente a sus espaldas.

Storch se volvió rápidamente. Una exclamación de rabia se escapó de sus labios al darse cuenta de que no había cerradura en la parte de adentro.

Luego, cuando se hubo tranquilizado, examinó la habitación.

Era un dormitorio, amueblado sencillamente, con un pequeño cuarto de baño contiguo. Carecía de ventanas, aunque supuso que debían existir conductos para la ventilación y renovación de la atmósfera.

También divisó una pantalla de televisión empotrada en la pared. Al dirigir la vista hacia ella, se dio cuenta de que Mike Bilton se disponía a cruzar la piscina llena de ácido sulfúrico.

CAPÍTULO IV

Bilton tenía la pértiga en las manos.

—Arthyll —dijo.

—¿Sí, señor Bilton?

—Quiero que sepa una cosa. Usted puede ser rico y poderoso y disponer de esbirros que cumplan la menor de sus órdenes. Es probable que muera, de modo que lo que voy a decirle no tiene apenas valor... pero, si logro sobrevivir y escapar de aquí, guárdese de mí. ¡Usted no conoce todavía a Mike Bilton!

Dicho lo cual, el corredor de apuestas puso los pies en la tabla y atravesó la estancia, con singular rapidez, más rara todavía debido a su gordura, que parecía le iba a restar agilidad.

—Ahora usted, Ana Miller.

Momentos después, Ana aparecía en la puerta.

—Arthyll —preguntó burlonamente—, ¿tiene usted una fábrica de forajidos? Le han salido todos calcados del mismo modelo. ¿Hermanos suyos?

—¡Pase! —rugió Arthyll.

Ana empleó el mismo procedimiento que Storch. Logró cruzar al otro lado sin novedad.

Después pasó Laren. Campbell lo hizo a continuación.

—Por ahora, todo va maravillosamente —dijo Arthyll en tono burlón.

El último en aparecer en la puerta que daba a la piscina de ácido sulfúrico fue O'Teyne.

—Me niego a pasar —dijo el cajero de Banco.

Y cruzó los brazos sobre su pecho, con ademán resuelto.

Hubo un momento de desconcierto entre los cuatrillizos.

Era evidente que O'Teyne hacía algo para lo cual no estaban preparados.

—Cruce la habitación o lo echarán al ácido —dijo Arthyll.

—Bien, que me echen —contestó O'Teyne sin inmutarse.

Hubo una pausa de silencio.

Storch contenía el aliento. ¿Cumpliría Arthyll su promesa?

O'Teyne continuaba en la misma postura. Uno de los gemelos le dio la pértiga, pero el empleado de Banco no le miró siquiera.

—¡Láncenlo al ácido! —rugió Arthyll de pronto.

La pértiga empujó con fuerza la espalda de O'Teyne. El individuo cayó hacia adelante y se sumergió por completo en el ácido.

Storch sintió náuseas. Apartó la vista de la pantalla de televisión; no quería presenciar el horrible fin de una persona.

En el último instante, observó que la pantalla se apagaba.

Arthyll dijo:

—Soy más considerado de lo que ustedes creen. Por eso quiero evitarles los últimos momentos del señor O'Teyne.

Storch se derrumbó sobre la cama, paralizado por el horror de su situación.

Estaban en poder de un demente, de un sádico individuo, obsesionado por vengar la muerte de un hermano, probablemente no mucho mejor que él.

No, ya no saldrían vivos de aquel encierro, de cuya situación estaban, al menos él, tan ignorantes como en el momento de su llegada.

La puerta se abrió y dos de los cuatrillizos aparecieron en el umbral.

Uno de ellos era portador de una bandeja con comida. Sin pronunciar palabra, se la alargó a Storch.

El joven estuvo a punto de tirársela a la cabeza, pero tenía hambre. Tomó la bandeja y examinó el contenido.

Bocadillos, nada de platos con cubiertos metálicos que pudieran convertirse en un arma ofensiva. Incluso un plato podía romperse para atacar a una persona con sus bordes cortantes.

Como bebidas había dos botellas de plástico, provistas de sendas pajas. Una contenía leche y la otra cerveza.

Los bocadillos estaban envueltos en servilletas de papel.

«Espero que ese loco no los haya envenenado», masculló Storch mientras se disponía a comer.

Más tarde, estudió concienzudamente el cuarto de baño.

Todos los accesorios estaban sólidamente empotrados en la pared. El espejo, incluso, era metálico y sujeto al muro con fuertes tuercas.

Allí no había nada que pudiera convertirse en un arma.

¿Y la cama?

Storch pensó en desmontarla. Vano empeño.

Las patas estaban sujetas al suelo y el resto de la estructura había sido soldado. Storch se sentó y empezó a reflexionar acerca de un medio que le pudiera permitir alcanzar la libertad.

Luego se hizo dos preguntas.

¿Cuándo les harían la siguiente prueba?

¿En qué consistiría?

Transcurrieron veinticuatro horas.

El tiempo pasaba con infernal lentitud. Storch no tenía como distracción más que entretenerse en buscar medios de evasión.

Cada vez que daba con uno de ellos, lo desechaba inmediatamente. Ya había hecho tres comidas y se preguntó si llegaría a la cuarta.

La pantalla de televisión se iluminó de repente.

—Señor Storch —dijo Arthyll—, dentro de unos instantes vendrán a buscarle. Le acompañarán a la sala de cabinas, en donde, al igual que a sus restantes compañeros, se les explicará en qué consiste la segunda prueba a que han de ser sometidos.

Arthyll hizo una corta pausa.

—Ah, olvidaba un detalle importante. Usted, como los demás, ha podido ver a mis fieles servidores. Es un raro fenómeno de la naturaleza, lo reconozco. No es común ver a cuatro hermanos gemelos, procedentes de en mismo nacimiento. El parecido es asombroso y en algunas personas provoca fenómenos digamos mentales. A fin de que usted, como los demás, pueda reconocerlos, distinguirlos, ya que, además, van vestidos de la misma forma, les he puesto a cada uno una cifra en su uniforme. Muchas gracias, señor Storch —terminó cortésmente el sujeto.

La pantalla se apagó.

Storch la contempló fijamente durante unos segundos. ¿Cómo no era posible que hubiese reparado antes en ella... como arma ofensiva?

Esperó con los nervios en tensión. ¿Cuándo iban a venir a

buscarle?

La puerta se abrió un minuto más tarde.

Dos de los gemelos cuatrillizos aparecieron ante sus ojos. Eran los números dos y tres, a juzgar por las cifras que ostentaban en el lado izquierdo de la pechera de su uniforme, idéntico al que vestía el prisionero.

—Síguenos —dijo el número dos.

Storch arqueó las cejas.

—¿Qué?

—Vamos, ¿o es que no ha oído al jefe?

—No entiendo una sola palabra de lo que me dice —declaró Storch, poniendo una cara de idiota imponente.

—El señor Arthyll ha dicho que tiene que venir con nosotros. Acompáñenos —intervino tres.

—El señor Arthyll no ha dicho nada. Por tanto, yo me niego a ir con ustedes.

Los gemelos se quedaron perplejos un instante.

—Pero ¿es que no ha oído sus órdenes? —exclamó dos.

—Se lo ha dicho por medio del televisor —dijo tres, señalando hacia la pantalla empotrada en el muro.

—Ustedes están locos —contestó Storch—. Ese trasto no funciona. Yo no he oído nada y, por tanto, me niego a acompañarles.

Y retrocedió un paso, situándose en el centro del dormitorio.

Dos y tres intercambiaron una mirada. Parecían sumamente desconcertados.

—Sí, sí, es cierto lo que digo —insistió el prisionero—. Ese televisor no funciona. Se habrá estropeado, digo yo. ¿Por qué no miran a ver si reparan la avería? ¿No hay medio de comunicarse con el señor Arthyll desde aquí?

El gemelo número dos emitió un gruñido. Luego cruzó el umbral.

Su hermano le siguió a continuación. Dos se acercó a la pantalla y se agachó un momento para observarla.

Entonces, súbita, inesperadamente, Storch le asestó una terrible patada en el final de la espalda, lanzándole hacia adelante con terrible fuerza.

La cabeza de dos chocó contra la pantalla. El vidrio deslustrado

se rompió con estrépito singular, debido al efecto de implosión, al irrumpir el aire en un lugar donde estaba hecho el vacío.

Se oyó un rugido inhumano. Dos tenía la cabeza y los hombros literalmente empotrados en el televisor.

El número tres se quedó paralizado por el asombro un instante. Storch aprovechó la ocasión para coger el colchón de su cama y arrojarlo con todas sus fuerzas, precisamente cuando tres se disponía a socorrer a su hermano.

Los dos hombres rodaron por el suelo. Dos chillaba horriblemente.

Storch se lanzó hacia la puerta, cruzó el umbral de un salto y cerró de golpe.

Liberaría a los demás prisioneros, se dijo. Sobre todo a la muchacha. Corrió hacia la puerta más próxima. Inútil, estaba cerrada con llave.

No podía perder tiempo en buscarla. Seguramente, estaba en poder de alguno de los gemelos, pero si abría de nuevo su cuarto, tres le atacaría y, probablemente.

Lo importante era alcanzar su libertad. Después vendría con policías. Arthyll tenía que pagar la horrible muerte sufrida por el valeroso empleado de Banco.

A poca distancia divisó una puerta. Era la que le había servido para llegar hasta allí.

Abrió. Delante de él se extendía la rampa en espiral por la cual había resbalado después de atravesar la piscina de ácido sulfúrico.

En pequeño rellano divisó otra puerta, pero al tantearla observó que también estaba cerrada con llave. Maldijo entre dientes; aquella salida era la usada por los gemelos, pero a él le estaba vedada.

Los esbirros de Arthyll habían observado muchas precauciones, demasiadas tal vez. Lo único en que no habían pensado era en el televisor.

Dirigió la vista hacia la rampa. ¿Podría subir?

Probó, tratando de hacer una especie de ventosas con las palmas de las manos, a la vez que apoyaba ambos pies en los laterales. Con gran sorpresa suya, descubrió que, aunque muy despacio, asentando bien manos y pies a cada paso para no resbalar, podía subir.

La rampa, indudablemente, era de metal, pero parecía forrada con una sustancia plástica que facilitaba un tanto la adhesión.

Sudando a chorros, alcanzó el final.

Encima de él, a dos metros, divisó la trampa que se había abierto apenas atravesó la piscina de ácido. Estiró las manos y procuró meter las uñas en las junturas.

Pero así no conseguiría nada. Lo mejor era, se dijo, tirar del muelle que mantenía la trampa cerrada.

El rectángulo que arriba era pavimento cedió un poco. Storch alargó la mano derecha y se agarró al borde del hueco.

El resto fue ya más fácil. Segundos más tarde, se izaba al piso superior.

Entonces, con gran desconsuelo, descubrió que la única salida estaba al otro lado de aquella estrecha tabla de seis metros que permitía cruzar por encima del tanque de sulfúrico.

La idea de pasar por allí le mareó. Ahora, además, no tenía pértiga. ¿Cómo mantendría el equilibrio, él que, además, sufría vértigo incluso subido en una silla?

Estuvo unos momentos así, inmóvil, irresoluto, sin saber qué hacer.

Cualquier cosa menos volver al encierro, se dijo al cabo. Y, decidiéndose de súbito, puso el primer pie en la tabla.

Estiró los brazos. Tendría que valerse de ellos para mantener el equilibrio.

Por un momento, pensó en correr para aprovecharse de la velocidad y aumentar así el mantenimiento del equilibrio. Pero desechó la idea en el acto.

Dio un paso. Otro. Otro... Y el cuarto.

Ya estaba a mitad de la tabla. Notó cierto balanceo en sentido vertical y se detuvo un instante, con el sudor corriéndole a chorros por todas partes.

La salvación estaba solamente a tres metros. Storch tomó impulso y se lanzó hacia adelante con todo su ímpetu.

La segunda zancada le falló. Puso el pie mal, demasiado cerca del borde, y el tobillo se le dobló.

Un horrible grito se escapó de sus labios cuando vio que caía irremisiblemente. Iba a morir disuelto en el ácido, después de unos minutos de atroces sufrimientos.

CAPÍTULO V

Storch cayó en el líquido con gran chapoteo. La piscina tenía unos dos metros y medio de profundidad.

El instinto le hizo talonear para subir a la superficie. Tenía la boca abierta y tragó líquido.

Asomó, la cabeza chorreante, atónito, incapaz de creer en lo que le sucedía.

Sabía mal, ciertamente, pero era agua.

El gusto que tenía tan poco agradable era debido a cierta cantidad de sulfuroso, como algunas de las aguas medicinales. Por lo demás, no notó en absoluto la menor sensación de quemadura, cosa que habría sucedido indefectiblemente de haber caído en un tanque repleto de auténtico ácido sulfúrico.

Empezó a comprender, en parte, las intenciones de Arthyll. Pero por el momento no se podía entretener en cálculos ni reflexiones.

Nadó hacia la puerta, estiró los brazos y se izó a pulso al exterior. La alegría de saberse vivo superaba a cualquier otro sentimiento.

De súbito, se abrió una puerta y dos gemelos, uno y cuatro, aparecieron ante sus ojos.

Parecían encolerizados. Se comprendía.

Storch se vio enfrentado a una nueva contrariedad. Era imposible luchar con los dos y salir victorioso.

Repentinamente, se le ocurrió una idea. Él tampoco era un tipo flojo.

Se agachó velozmente y agarró la tabla que servía de pasarela. Con ella bajo los brazos, haciéndola que sobresaliera un par de metros de su cuerpo, cargó contra el número uno.

El gemelo recibió el impacto en pleno estómago y cayó patas arriba, perneando aparatosamente, a la vez que emitía unos chillidos atroces. Su hermano eludió en golpe y procuró buscar el

flanco de Storch.

La anchura de la puerta no permitía sacar la tabla con comodidad, debido a su desmesurada longitud. Storch giró hacia su izquierda, moviendo la tabla ahora de arriba a abajo.

La madera chocó contra un cráneo. Cuatro gruñó algo y se desplomó al suelo sin sentido.

Uno empezaba a recobrarse. Storch le asestó un brutal puntapié en la mandíbula antes de que pudiera incorporarse del todo. Luego, saltando sobre él, se dirigió hacia la salida.

Atravesó un pasillo, subió unas escaleras y se encontró en un amplio vestíbulo encristalado, amueblado con singular lujo. Había una puerta abierta y la cruzó sin vacilar.

Dio solamente cuatro pasos. Casi en el acto se detuvo en seco.

Estaba en una amplia terraza de baldosas blandas y negras, separada del suelo de un extenso patio por seis peldaños de una larga escalinata. Delante de él divisó un amplio parque, con numerosos árboles frondosos.

El suelo estaba cubierto de un césped de un verdor lujuriante, debido a los varios puntos de riego por aspersión que funcionaban en aquel momento. Storch divisó también una gran piscina, rodeada en tres de sus lados por una elegante pérgola.

La pérgola estaba cubierta en su mayor parte por frondosos rosales trepadores, que le conferían un aspecto delicado y agradable. Pero había en aquel parque algo muy poco agradable.

Arthyll y la pantera negra que, sujeta por una sólida cadena a su mano derecha, gruñía sordamente.

Durante unos segundos, los dos hombres se contemplaron en silencio. El único ruido que se oía era el susurro de los surtidores que enviaban agua casi pulverizada al césped y los sordos gruñidos de cólera de la pantera negra.

—¿La suelto? —preguntó Arthyll, sonriendo con expresión burlona.

Vestía con gran elegancia: chaqueta azul, con botones plateados, pantalones de color gris muy claro, zapatos bicolors en blanco y negro y un pañuelo rojo al cuello. Sobre el lado izquierdo de la chaqueta llevaba una gran A en oro.

—¿Muerde? —dijo Storch, sin quitar sus ojos del felino.

—Si la suelto, lo sabrá usted experimentalmente —contestó

Arthyll.

De nuevo volvió el silencio.

Storch calculaba sus posibilidades. La pantera le daría alcance antes de que hubiese corrido una docena de metros.

Saltaría sobre sus espaldas y mordería en la garganta, No, no era solución.

Arthyll rompió el silencio:

—Confieso que le admiro, señor Storch. Ha conseguido escapar de un encierro cuyas posibilidades de evasión traté de eliminar cuidadosamente y sus esfuerzos son dignos de elogio. Pero su fuga ha terminado aquí.

—¿Seguro? —preguntó el joven.

—Mire a «Linda». La tengo desde su primer mes de vida. Yo mismo la he criado, sacrificando incluso horas de mi sueño. Para mí es un gatito. Para usted...

—Entonces, insiste en hacerme pasar la segunda prueba.

—Sí.

—No había ácido sulfúrico en el tanque. Arthyll sonrió.

—Era solamente un truco psicológico —dijo.

—¿Y los vapores?

—Un poco de gas sulfuroso para dar ambiente.

—Una especie de lavado de cerebro, vamos.

—Aproximadamente. Pero pasó bastante miedo, ¿no?

—Imagínese. ¿Qué fue de O'Teyne?

Arthyll guardó silencio.

—Era un hombre decente —dijo Storch—. Honrado y valiente. Su hermano era una escoria de la sociedad.

—¡No hable así de él o soltaré a «Linda»! —rugió Arthyll—. Era mi hermano, por encima de todo. ¿Me comprende?

Storch se encogió de hombros.

—Como quiera —dijo tranquilamente.

—Vuelva a su encierro —ordenó Arthyll.

—No. Voy a escapar de aquí.

—El parque está rodeado por una tapia de cuatro metros. Aunque consiga salvarla, cuando ponga las manos en la barda, se encontrará con un cable de alta tensión.

—Hay árboles junto a la tapia —dijo Storch.

—Ninguno a distancia suficiente para salvarla de un salto —

contestó Arthyll.

—Lo ha calculado todo bien, ¿eh?

—Sí.

—Señor Arthyll —dijo el joven parsimoniosamente—, ¿se ha entretenido a meditar sobre la justicia de su venganza?

—Sí. Cada uno de ustedes hizo dar un paso a mi hermano, que le condujo hasta las balas de la policía. Esto es algo que tienen que pagar.

—Pero a los policías que le mataron no les ha hecho nada. ¿Por qué? Una extraña sonrisa apareció en los labios de Arthyll.

—El agente que disparó contra mi hermano murió atropellado por un camión que se dio a la fuga —contestó.

—¿Y no se da por satisfecho? Arthyll meneó la cabeza.

—No. Ya he dicho que están condenados por la sexta parte de asesinato que cometieron, pero también les ofrezco posibilidades de eludir su condena. Naturalmente, superando las pruebas a que les someta; pero en modo alguno evadiéndose de su encierro.

Storch fijó la vista en el rostro de Arthyll.

Estaba loco, no cabía la menor duda. Pero lo peor de todo era que se trataba de un loco que gozaba infligiendo tormentos a los demás.

—Hace trescientos años, usted habría sido un perfecto verdugo —dijo.

—Es probable —admitió Arthyll con indiferencia—. Vuelva a su celda. Storch se llenó los pulmones de aire.

Había llegado el momento de actuar. Lucharía hasta el último aliento para conseguir huir de allí.

De súbito, dio media vuelta y se lanzó de nuevo hacia la casa.

Arthyll lanzó un grito de rabia. El cierre del collar de la pantera era automático y lo soltó con la simple presión de un dedo.

—¡A él, «Linda»!

El felino emitió un atronador rugido y saltó hacia adelante en persecución de su presa.

Storch cruzó de un salto la entrada del vestíbulo. Inmediatamente giró sobre sus talones.

La pantera subía a saltos por la escalinata, mostrando sus rojizas fauces y unos colmillos que ponían los pelos de punta. Storch esperó a pie firme.

El felino alcanzó la terraza y dio el último salto.

En aquel preciso instante, Storch hizo deslizarse a un lado la pesada puerta corredera de cristal que cerraba el vestíbulo. Lanzada hacia adelante con toda su potencia, la pantera se estrelló contra aquel muro invisible.

Storch dio un salto hacia atrás en el mismo momento. El vidrio se rompió con atronador estrépito.

Medio cuerpo de la pantera pasó a través del hueco, pero el choque había frenado considerablemente su impulso. Storch había calculado bien.

El vidrio tenía un espesor cercano al centímetro. Era vidrio sólido, resistente, usado en la actualidad en infinidad de lugares. Pero también podía romperse.

El vientre de la pantera se apoyó sobre unas agudas aristas de cristal. El felino emitió un aterrador rugido de dolor al sentir sus entrañas traspasadas por aquellos afiladísimos puñales.

La pantera intentó escapar. Ríos de sangre se escapaban de su vientre destrozado. A cada movimiento que hacía, los cristales desgarraban más y más su cuerpo.

Storch no quiso perder ya más tiempo. Giró sobre sus talones y divisó a corta distancia una escalera que conducía al piso superior.

La barandilla de la escalera se hallaba rematada por dos enormes jarrones de cerámica. Storch se volvió y vio a Arthyll que corría en aquel momento hacia la pantera, que ya se debatía en sus últimas convulsiones.

Una idea se le ocurrió en aquel momento. Agarró uno de los jarrones y, levantándolo sobre su cabeza, lo lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas.

Arthyll vio venir hacia sí el pesado proyectil y saltó hacia atrás. El jarrón se estrelló con enorme estrépito contra una vidriera. Ambos saltaron en mil pedazos.

De pronto, Storch oyó pasos.

Se volvió.

El número cuatro salía en aquel momento y corría hacia él.

—Pronto te has recuperado —dijo.

Y le lanzó el segundo jarrón, que se estrelló contra su poderoso pecho, haciéndole caer de espaldas.

Luego corrió escaleras arriba en busca de una salida. Segundos

más tarde, se detuvo en seco.

El motivo de su detención era un revólver, que apuntaba directamente a su pecho.

Lo curioso del caso era que el arma era empuñada por una mujer.

CAPÍTULO VI

Ella era muy hermosa. Alta, esbelta, de largos cabellos rubios, que pendían sueltos sobre sus hombros. Vestía un aparatoso pijama naranja y negro, con unos pantalones que parecían hechos con un centenar de metros del tejido, de una gran finura y transparencia.

Estaba a contraluz de un gran ventanal y Storch pudo apreciar la delicadeza de sus formas físicas. Pero la expresión del rostro de la mujer no era en modo alguno delicada.

—¿Disparará si sigo adelante? —preguntó Storch, repuesto de su sorpresa.

Ella hizo un rápido parpadeo de asentimiento.

—No lo dude —contestó.

Sus dedos parecieron oprimir con más fuerza la culata de la pistola. De pronto, se oyó un grito de triunfo en el vestíbulo.

—¡Bravo, Selene!

Storch no volvió la cabeza. Tenía la vista fija en el rostro de la hermosa joven, cuyos ojos azules le contemplaban con expresión resuelta.

—¡Vamos, cuatro, levántate de una vez! —ordenó Arthyll.

—Dé la vuelta —ordenó la joven—. Y ponga las manos en alto, naturalmente.

—Es usted el único elemento discordante en esta casa —dijo Storch.

Ella se encogió de hombros.

—Yo diría que es su principal adorno —habló Arthyll con voz triunfante—. Selene, querida, empújale, ¿quieres?

—Camine —ordenó Selene.

Storch dio varios pasos hacia adelante. Desde arriba vio a cuatro que se levantaba, todavía aturdido.

—Será mejor que le ates las manos hasta que llegue a su celda —aconsejó Selene.

—No es mala idea. El amigo Storch es un tipo de empuje; ha puesto fuera de combate a mis cuatro gemelos —contestó Arthyll.

Buscó una cortina y pegó un tirón de los cordones rompiéndolos sin dificultad. Storch observó que Arthyll no carecía tampoco de fuerzas.

Acto seguido, Arthyll lanzó el trozo de cordón a la cara de cuatro. El esbirro, todavía no recobrado por completo, ató las muñecas de Storch, apretando innecesariamente, como una especie de venganza.

Luego se echó a un lado. Selene puso la pistola en la espalda del prisionero.

—¿Lo acompaño? —preguntó.

—No es necesario —contestó Arthyll—. Cuatro se encargará de él.

El esbirro se acercó a Storch. De repente, Storch sintió que algo metálico le caía en las manos.

¿Una llave?

Sin saberlo a ciencia cierta, presintió que aquella llave había estado oculta entre la palma de la mano de Selene y la culata de la pistola. Ahora, la hermosa muchacha la dejaba caer en sus manos, sin duda con ánimo de proporcionarle la fuga.

Apretó las manos, tratando de hacer caso omiso del dolor que le causaban las ligaduras. Cuatro se acercó a él y le agarró por un brazo.

El número uno apareció entonces.

—Mi hermano ha muerto —dijo en tono gemebundo.

—¿Dos? —preguntó Arthyll, levantando las cejas.

Uno movió torpemente la cabeza.

—Sí. Un trozo de cristal de la pantalla de televisión rota le cortó la yugular.

Los ojos de Arthyll se fijaron en el prisionero.

—Amigo Storch —dijo—, no quisiera encontrarme en su pellejo a partir de ahora. Los hermanos de dos van a tomar este asunto como cosa propia.

Por un momento, Storch se sintió asaltado por el pánico.

¿Iba a permitir Arthyll que los tres hércules saciasen en él su sed de venganza? ¿Le entregaría al trío como si lo arrojase a las fieras?

Arthyll levantó el índice izquierdo.

—Os prometo que quedaréis vengados —dijo—. Pero no quiero que ninguno de vosotros se extralimite con el señor Storch, a menos que yo lo ordene específicamente. ¿Habéis comprendido?

Los dos hermanos asintieron en silencio. Cuatro empujó a Storch hacia la puerta que conducía a los subterráneos.

—Espera —dijo Arthyll, de pronto—. El señor Storch no puede regresar a su habitación en el estado en que se encuentra todo allá abajo. Hay que reparar los desperfectos. Dos, busca al señor Oppimer y dile que lo deje todo en condiciones.

Storch se fijó en el nombre que acababa de escuchar. Así, pues, había más personas en la casa, aparte de los gemelos y de Selene.

El número dos se alejó. Arthyll dio otra orden:

—Cuatro, lleva al señor Storch a la biblioteca y vigílalo. Cuidado, es peligroso.

—Sí, señor.

El esbirro empujó a Storch. Antes de marcharse, Storch volvió la cabeza y dirigió una mirada a Selene.

La joven entregaba en aquel momento la pistola a Arthyll.

—Toma, ya no me hace falta —dijo en tono indiferente.

—Gracias, preciosa —sonrió Arthyll, acariciándole una mejilla—. Tu intervención ha resultado ciertamente muy valiosa.

—Me alarmaron los ruidos —contestó Selene. Lanzó una mirada hacia la pantera muerta—. Tendrá que hacer limpiar el vestíbulo y reparar las cristaleras. Esto ha quedado horrible.

Arthyll suspiró.

—Storch parecía un terremoto —comentó—. ¡Qué hombre!

El prisionero cruzaba en aquel momento la puerta de la biblioteca y oyó claramente el corto diálogo cruzado entre Arthyll y la hermosa Selene.

Se preguntó cuál sería el papel de la joven en la mansión. Era fácil adivinarlo.

Selene, además de la juventud, poseía hermosura. Arthyll era un hombre adinerado.

El resto se imaginaba con facilidad.

Resignado, tomó asiento en un diván, cosa que le resultó incómoda, dada la posición de sus manos. Procuró situarse lo mejor posible y se dispuso a esperar pacientemente el regreso a su celda.

Cuatro se sentó frente a él en una silla. Quedó rígido, erguido,

con las manos apoyadas en las rodillas, contemplándole fijamente, sin apartar la vista de su cara un solo segundo.

Todo rastro de lucha había desaparecido de la habitación. Era evidente que a Arthyll le gustaba tenerla en condiciones, a fin de poder comunicarse con sus prisioneros en cualquier momento y observarlos por medio de la cámara que había en un rincón de la estancia, en un hueco practicado al efecto y que permitía recoger las imágenes de cuánto sucedía en la celda.

En el momento de entrar, cuatro cortó sus ligaduras. Storch sintió el consolador calorcillo de la sangre al circular de nuevo por sus manos.

La puerta se cerró tras él con seco golpe. Storch dejó la llave sobre la cama y se dedicó a friccionarse las muñecas, en las cuales se advertían las huellas de las ligaduras.

Tiempo después examinó la llave. Era de aspecto relativamente corriente, pero no se le alcanzaba cuál era la puerta que podía abrir.

El mono que vestía carecía de bolsillos. Tras unos momentos de reflexión, Storch decidió guardarla en una de las zapatillas blandas que habían sustituido a su calzado habitual, dejando que descansara entre la planta de su pie y la parte interior de la suela. No era previsible un registro personal, pero convenía estar prevenido.

Luego, cansado y agotado, se tendió en la cama. No pudo contener una sonrisa.

Había sido una espléndida pelea. Lo mejor de todo era que había demostrado ingenio y astucia, además de valor.

Pero, sobre todo, sabía que ahora contaba con un aliado en aquella mansión de horror. No importaban las relaciones de Selene con el loco. Lo interesante era que la muchacha se había puesto de su parte.

¿Era también una prisionera en una jaula de oro?

El sueño le sobrevino de pronto y se durmió.

Pasó un tiempo cuya duración no supo calcular. De pronto, creyó oír su nombre en sueños.

—¡Jerry! ¡Jerry Storch!

El joven abrió los ojos. Su dormitorio estaba parcialmente a oscuras, alumbrado únicamente por una lámpara que no se apagaba nunca, pero que no causaba deslumbramiento ni daño a las retinas.

La llamada se repitió.

—Jerry Storch.

Era una voz femenina, de tonos relativamente muy bajos.

—Soy yo, Selene —dijo la joven—. Acérquese a su televisor. Aproxime los labios hacia el lado derecho. Procure hablar en voz baja; le oiré bien.

Storch se tiró de la cama de un salto y corrió hacia el televisor.

—Selene —llamó.

—Le oigo, Jerry. Escuche, quiero ayudarle a salir de aquí.

—Dios la bendiga, muchacha —murmuró Storch—. Pero ¿en manos de qué loco he caído?

—Otro rato le hablaré de él. Escúcheme, aunque usted no me crea, yo también soy su prisionera.

—¿No puede salir usted de aquí?

—No, a menos que vaya con él y en compañía de dos de sus horribles gorilas.

—Arthyll tiene fe en todo el mundo, a lo que se ve —comentó Storch, sarcásticamente—. Selene, ¿de dónde es la llave que usted me ha dado?

—De la puerta que hay al final de la rampa por dónde cayó usted, después de atravesar la piscina. Es todo lo que puedo hacer por usted, créame.

—Sí; pero yo ya he intentado la evasión por un método que no podré repetir. Los gemelos estarán advertidos la próxima vez que vengan a buscarme.

—Llevarán pistolas ametralladoras —manifestó Selene.

—Lo que faltaba —susurró Storch—. Pero ¿qué pretende Arthyll?

—Es un sádico. Tiene la mente perturbada. Ben era su hermano menor y, pese a todas sus tropelías, él lo idolatraba. Por eso quiere vengarlo.

—Estoy seguro de que pasó mucho tiempo preparando el escenario —dijo el prisionero.

—Sí, se construyó todo bajo su personal supervisión... Jerry, no puedo seguir hablándole más tiempo; temo ser descubierta. Ahora todos están durmiendo... pero hay vigilantes armados en el parque.

—¿Más esbirros?

—Sí, otros cuatro, aunque no cuatrillizos, claro. Son pistoleros profesionales y obedecen ciegamente a Arthyll. Adiós, Jerry;

volveré a hablar con usted cuando pueda. Ah, una cosa, prepárese para la segunda prueba. Quisiera ahorrársela, pero me es imposible.

—¿De qué se trata, Selene?

—Carbones encendidos —contestó la muchacha. Y cortó la comunicación sin añadir una sola palabra más.

CAPÍTULO VII

Era ya de día, lo cual se notaba en un aumento de la luz en la celda. Storch se paseaba por el reducido ámbito como una fiera enjaulada.

Una y otra vez se repetía las últimas palabras de la muchacha. Carbones encendidos. ¿Qué significaba esta frase?

¿Iban a quemarles vivos?

—¿Se siente nervioso, Storch? —Sonó de repente la burlona voz del dueño de la mansión.

Storch frenó en seco sus paseos. La cámara tenía encendido el piloto rojo que indicaba su funcionamiento.

Arthyll estaba contemplando sus movimientos. El joven contuvo una imprecación.

—Sus acciones de ayer impidieron llevar a cabo la segunda prueba —continuó Arthyll—. La realizaremos hoy. Usted podrá presenciarla desde su cabina y luego pasarla cuando le llegue su turno.

Storch se dio cuenta de que la cámara le enfocaba directamente. Momentos antes, creyó recordar, estaba en otra posición.

—¿En qué consiste esa prueba? —preguntó.

—Deberán atravesar un espacio con los pies desnudos. Sólo son cinco o seis metros... pero el suelo estará sembrado de piedras al rojo vivo.

Storch se quedó rígido.

Selene se lo había anunciado. La diferencia de matiz —piedras o carbones—, poco importaba.

—Muchos faquires, en la India, hacen una prueba semejante —continuó Arthyll—. Pero consiguen aislar su mente de su cuerpo, de tal modo, que cuando terminan el recorrido las plantas de sus pies están intactas. ¿Conseguirá usted hacer lo mismo?

Storch dio un paso a la izquierda.

La cámara giró, siguiendo su movimiento. ¿Qué la movía en su emplazamiento?

¿Un sistema de control remoto, manejado por el propio Arthyll? Caminó tres pasos. La cámara le siguió puntualmente.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué no se está quieto?

Storch se pasó la mano por el lado izquierdo del pecho.

Allí estaba la inicial del apellido de su secuestrador.

Era de tejido metálico. Probablemente, tenía incorporada una célula de silicio, la cual influenciaba el mecanismo de giro de la cámara, de manera automática, siempre que estuviese en funcionamiento captando imágenes.

Retrocedió. La cámara se elevó ligeramente, para seguir su movimiento.

—¡Quédese quieto, diablos! —tronó Arthyll.

De repente, Storch pegó un tirón y arrancó la inicial, lanzándola un rincón. La cámara siguió el movimiento de la letra metálica y se quedó quieta, enfocándola estérilmente.

—¿Por qué ha hecho eso, maldita sea? —aulló el dueño de la casa—. ¡Póngase delante del objetivo, quiero ver lo que hace!

Pero Storch no estaba dispuesto a complacerle. Rápidamente, se descalzó, sacó la llave y la metió debajo del colchón.

Por el momento, tenía que posponer su fuga. Pero en cuanto le correspondiese el turno de pasar sobre las piedras calentadas al rojo vivo, le obligarían a descalzarse.

Storch se sintió delante del objetivo y sacó la lengua en son de burla.

—Arthyll, usted olvidó que yo soy ingeniero electrónico —dijo—. Y todavía estoy vivo para darle muchos disgustos.

En la pantalla del televisor, fulguraron los ojos de Arthyll.

—Es usted un digno enemigo mío —contestó—. Será un placer verle luchar para sobrevivir.

Los dos gemelos que se presentaron eran tres y cuatro. Ambos iban armados con sendas pistolas ametralladoras.

—No quieren correr riesgos, ¿eh? —dijo el joven sarcásticamente.

Momentos después, se encontraba en su cabina.

—Hola, amigos —saludó a sus compañeros de aventura por medio del micrófono.

—¿Qué tal? —preguntó Bilton—. Creo que organizó ayer una buena.

—No estuvo mal —dijo el joven en tono casual.

—Ha muerto uno de los cuatrillizos —terció Ana Miller.

—Sí. Metió la cabeza dentro de la pantalla del televisor.

—¿Era miope? —preguntó Bilton irónicamente.

Laren y Campbell permanecían callados, como ajenos a lo que sucedía a su alrededor. Storch llegó a la conclusión de que se trataba de dos tipos rastreros y desaprensivos.

Laren, un estafador de marca. Campbell, un tipo que se dedicaba a prácticas ilegales de la medicina. Indeseables, en suma.

En medio de todo, y a pesar de sus defectos, Bilton y Ana eran los más simpáticos.

La cara de Arthyll apareció de pronto en la pantalla central.

—Hola, amigos —saludó—. Todo está ya a punto para pasar la segunda prueba. Espero que tengan tanta suerte como la vez anterior.

—¿Qué ha sido de O'Teyne? —preguntó Storch.

—¿Cómo puede decir una cosa semejante? Cayó a la piscina de ácido sulfúrico —respondió Arthyll, fingiendo asombro.

—No hay ácido. Era agua, sencillamente.

—Es verdad. Olvidaba que usted también se cayó durante su escapatoria. Lo siento; O'Teyne no murió corroído por el ácido, pero sí a consecuencia de un síncope cardíaco.

—Es usted un canalla —dijo Storch rabiosamente.

—Jerry, no insulte a los canallas —exclamó Ana con tremendo sarcasmo—. Ese hombre que tenemos en la pantalla es un perro asqueroso...

Una vez más, Ana fue obligada a callar. Arthyll, sin inmutarse, prosiguió:

—El señor Storch realizó la primera prueba en primer lugar. Por lo tanto, su turno ha corrido y le corresponde ahora al señor Bilton.

—Como pueda salir de aquí, te agarraré y te haré mil pedazos —mascullo el corredor de apuestas.

—Lo dudo mucho —dijo Arthyll—. Y ahora, por favor, vean el escenario de su segunda prueba.

La tercera pantalla se iluminó, dejando ver una habitación cuyo pavimento estaba sembrado de grandes guijarros de forma

redondeada. El color natural permitía ver el tono rojo oscuro de los pedruscos, sometidos a una temperatura elevadísima.

—Mike, usted pasará descalzo por encima de los pedruscos. Si se niega, llamaré a mis gemelos y le obligarán a tenderse sobre ellos y se asará vivo.

Bilton se lamió los labios.

—¿Usarán tridente, como los demonios? —preguntó, tratando de hacer acopio de valor.

De pronto, Storch vio al otro lado de las piedras enrojecidas una puerta abierta.

Aquello le dio una idea.

—Mike —llamó.

—Dígame, amigo Storch.

—Cuando le toque pasar por ese suelo, hágalo en dos o tres saltos. Usted es relativamente ágil. Al otro lado, encontrará la piscina llena de agua. El mínimo contacto con las piedras calientes, en un salto muy rápido, reduce enormemente la cantidad de calor que recibe la epidermis. El agua fría hará el resto.

Bilton movió la cabeza.

—Lo tendré en cuenta —respondió—. Gracias por el consejo.

—Muy acertado, en efecto —concordó Arthyll.

Sonreía de una manera que a Storch le dio muy mala espina. De pronto, sin saber por qué, se arrepintió de lo que había dicho.

Pero ya era tarde para rectificar. En aquel momento, Mike Bilton era extraído a viva fuerza de la cabina por dos de los gemelos.

La rechoncha figura de Bilton, con los pies descalzos, apareció frente a la cámara. Bilton tenía el rostro enrojecido. Los pedruscos calientes no eran un engaño, como lo había sido el tanque de supuesto ácido sulfúrico.

Los gemelos uno y cuatro estaban junto a él, armados con largas varas de hierro, terminadas en dos puntas. El corredor de apuestas se pasó la manga del traje por la frente.

De pronto, tomó impulso y se lanzó hacia adelante.

Un espantoso grito brotó de sus labios al sentir la quemadura en la desnuda carne de su pie derecho. A pesar de todo, los guijarros le habían abrasado la epidermis.

Con ojos desorbitados por el espanto, Storch pudo ver la deformación que sufría la cara de Bilton a causa del dolor. Sin

poder contenerse, gritó:

—¡Corra, corra, a la piscina!

CAPÍTULO VIII

Bilton dio otro salto y otro y otro.

Ya sólo faltaba el último.

La habitación llena de agua estaba a poco más de un metro de distancia. El líquido calmaría momentáneamente el horrible dolor que Bilton debía de sentir en las desnudas plantas de los pies.

Las cámaras seguían fielmente todos sus movimientos. Durante una fracción de segundo, Storch se fijó en el rostro de Arthyll.

El individuo, ciertamente, disfrutaba con los sufrimientos de Bilton. Una extraña sonrisa aparecía en sus labios y sus ojos brillaban demoníacamente.

Bilton alcanzó el borde de la piscina y, sin vacilar, se lanzó al agua de cabeza.

Pero un instante después, asomó agitando frenéticamente sus brazos. Storch, horrorizado, vio que sus ropas humeaban.

—¡Es ácido! ¡ACIDOOOOO...!

El grito de Bilton se convirtió en un alarido inhumano. El sulfúrico le quemaba la carne, disolvía su cuerpo en vivo.

Algo pasó de repente por el cerebro de Storch. Todo se cubrió de un velo rojo.

Loco de ira, se puso en pie y agarró el sillón, levantándolo sobre su cabeza, para estrellarlo acto seguido contra la pared de cristal.

El vidrio resonó musicalmente. Resistió el primer golpe.

Saltó al segundo con gran estrépito. Arthyll lo oyó y lanzó un poderoso grito.

—¡Detened a ese loco!

Storch se lanzó a través del hueco, sin soltar el sillón. De nuevo lo levantó sobre su cabeza y, tomando impulso, lo arrojó con todas sus fuerzas contra la pantalla en la que aparecía la imagen de Arthyll.

El tubo de rayos catódicos implosionó con tremendo estrépito.

Brotaron chispazos y surgieron nubecillas de humo de los cortocircuitos causados por la destrucción de la pantalla.

Acto seguido, Storch se revolvió y miró a todas partes.

Divisó una puerta en uno de los lados de la estancia. Ana le hacía señales de ánimo.

—¡Rompan sus cabinas! —gritó él—. Luchen para salvarse o ese loco les matará a todos.

Corrió hacia la puerta. En el mismo instante en que la alcanzaba, se abrió y los gemelos uno y cuatro irrumpieron en la estancia armados con sus pistolas ametralladoras.

Storch estaba situado a un lado de la puerta. Su ánimo se encontraba terriblemente excitado. En aquellos momentos se sentía capaz de todo.

Uno entró el primero, seguido inmediatamente por su hermano. Storch se lanzó lateralmente sobre él y le pegó un tremendo empujón con ambas manos, arrojándole sobre cuatro.

La pistola ametralladora del gemelo que venía detrás se disparó bruscamente y vomitó una salva de balas en la espalda de uno. El esbirro lanzó un grito espantoso, que resonó por encima del fragor de las detonaciones.

Su cuerpo se convulsionó espeluznantemente. Cuatro quedó un momento aturdido, mirando cómo su hermano se derrumbaba a sus pies.

Storch no le dio un momento de respiro. Saltó de nuevo, agachó la frente y golpeó la boca de cuatro, tirándole de espaldas al suelo.

La pistola ametralladora se desprendió de sus manos. Storch se agachó rápidamente y la recogió.

Cuatro se recobró con agilidad increíble y se abalanzó sobre la otra ametralladora. Storch le asestó un terrible puntapié en el final de la espalda que lo lanzó hacia adelante, resbalando por el pulido suelo de la estancia.

Acto seguido, Storch volvió el arma hacia las pantallas y las destrozó a tiros. Los enormes tubos de rayos catódicos saltaron con gran estruendo.

El arma se calló de repente. Las municiones se habían agotado.

Cuatro se incorporaba en aquel momento. Storch le lanzó la inútil metralleta a la cara, haciéndole caer de espaldas. Luego recogió la otra y retrocedió, sin dejar de apuntarle con el arma.

—No te muevas o te abraso.

El esbirro se quedó quieto, mientras la sangre le resbalaba por el rostro. Storch cruzó la puerta, dio un salto y se lanzó a todo correr por el pasillo que se abría ante él.

Pronto alcanzó de nuevo el vestíbulo. Se abalanzó hacia la cristalera, notando vagamente que los desperfectos de la vispera habían sido ya reparados. Pero de pronto frenó su avance.

La fuga era imposible.

Al otro lado de la vidriera, cuatro hombres, armados con sendas pistolas ametralladoras, caminaban lentamente hacia la casa.

Eran muy distintos de los cuatrillizos, pero no parecían menos despiadados que éstos.

Storch comprendió que su fuga resultaba imposible.

Estuvo un momento inmóvil. Luego giró sobre sus talones y se precipitó hacia la escalera.

Una mano armada apareció de repente en una puerta del piso superior. La pistola escupió un fogonazo.

Storch sintió el viento de la bala cerca de su cara. Levantó la metralleta y disparó una ráfaga que hizo volar astillas de la puerta. La mano armada desapareció de inmediato.

—Lástima de un par de buenas bombas de mano —masculló, recordando sus ejercicios de entrenamiento durante el servicio militar.

Los vigilantes llegaban ya a la cristalera. Storch se dio cuenta de que iba a ser apresado nuevamente.

Sus municiones eran más bien escasas. Sólo contaba con los cartuchos que contenía el cargador. Debía economizarlos al máximo.

De repente, una mano femenina asomó por una puerta y le hizo señas de que se acercara. Storch corrió hacia aquel lugar.

Selene le miró ansiosamente.

—Amenáceme con su metralleta —susurró.

Storch hizo un parpadeo de asentimiento. Selene retrocedió, con las manos en alto, mientras la pistola ametralladora apuntaba directamente a su cuerpo.

A fin de evitar errores desgraciados, Storch puso el seguro en el arma. Quiso hablar con la muchacha, pero ella se puso un dedo en los labios, recomendándole silencio.

Storch asintió. De súbito, se oyó la voz de Arthyll.

—¡Señor Storch!

El joven se acercó a la puerta.

—Le oigo, miserable —contestó.

—Es usted un hombre valiente, no lo niego —dijo el megalómano—, pero todos sus intentos están condenados al fracaso. Puede que consiga salir con vida de mi residencia, pero lo hará bajo mis condiciones y no de acuerdo con sus deseos. Si se entrega, le daré una posibilidad de sobrevivir; de otro modo, morirá como un perro.

Storch soltó una ruidosa carcajada.

—Arthyll, usted tiene ganas de broma —dijo.

—No es broma —contestó el dueño de la casa—. Se trata de que todavía quedan seis hombres, todos ellos armados. ¿Cree usted que podrá derrotarlos a todos?

—Estoy absolutamente seguro de ello —manifestó Storch—. Es más, le diré que quiero marcharme ahora mismo. Arthyll, ordene que me preparen un coche y que me dejen ir libremente. Tiene que saber una cosa: mi metralleta está apuntando al precioso cuerpo de la señorita Selene y la mataré si no acceden a mis peticiones.

Storch cambió una mirada con la muchacha. Selene hizo un breve gesto de asentimiento.

Luego sobrevino el silencio.

Selene se acercó al joven.

—Lo ha hecho muy bien —susurró.

—¿Cree que nos dará el coche? —preguntó él.

—Espero que sí, Jerry.

Storch la miró fijamente.

—La aprecia, ¿no?

Selene enrojeció.

—Aquí soy un objeto de adorno —murmuró.

El joven la contempló especulativamente de la cabeza a los pies. Selene vestía de la misma manera que la otra vez, sólo que ahora el pijama era violentamente rojo y verde.

—Un bello animal de lujo —calificó él.

—Por favor —rogó Selene.

—No quise ofenderla —se disculpó Storch—. ¿Cómo llegó hasta aquí?

—Aunque no lo crea, engañada. Luego...

Selene se mordió los labios.

—Usted le ayudó, al apuntarme con la pistola —acusó Storch.

—Estaba descargada.

Storch arqueó las cejas.

—¿No me cree? —preguntó Selene.

—Arthyll la felicitó —dijo él.

—Claro. Pero no se fía de mí y por eso había quitado el cargador de la pistola. Lo que hice en aquel momento fue para ganarme su confianza.

—Y... ¿lo ha conseguido?

—Creo que sí.

—He matado a otro gemelo. ¿De dónde salieron esos sujetos de pesadilla?

—Arthyll los encontró una vez en un teatrillo de mala muerte. Hacían un número musical, pero no conseguían darle vida. Son torpes, estúpidos; carecen de la chispa genial que, con la ayuda de su fabuloso parecido fisonómico, podría haberlos convertido en celebridades mundiales.

—Comprendo. Y Arthyll los convirtió en sus esbirros.

—Sí. Esto sucedió, según tengo entendido, antes de que muriese su hermano Ben. Arthyll es muy rico, pero no ha ganado todo su dinero limpiamente.

—En resumen, que si no es un forajido, le falta poco.

—Lo es, en realidad. De otro modo, ¿cómo se concibe que emplee a pistoleros profesionales? Pero está mal de la cabeza.

Hablaban en voz baja, casi susurrando las palabras. Storch lanzó un hondo suspiro.

—Un hombre que hace semejantes cosas no puede estar sano mentalmente —murmuró—. Al menos, en lo que se refiere a la obsesión de vengar la muerte de su hermano.

—Le trastornó mucho, es cierto; pero por lo que he podido captar, siempre tuvo inclinaciones de sadismo.

—No me extraña en absoluto. Selene, ¿conseguiremos salir de aquí? Ella no pudo contestar. Arthyll habló antes.

—¡Storch! ¿Me oye usted?

—Sí, Arthyll, perfectamente.

—Está bien. Tiene el coche preparado. Puede irse cuando guste.

—Han tardado demasiado —dijo el joven—. ¿Qué han estado haciendo? Seguro que le han puesto una carga de dinamita conectada al arranque, ¿verdad?

Se oyó un rotundo juramento a través del altoparlante.

Storch se echó a reír.

—Vamos, idiota, haga que preparen otro coche. Y déjenlo con el motor en marcha. ¿Está claro?

CAPÍTULO IX

Pasaron algunos minutos. La voz de Arthyll se dejó oír de pronto.

—Storch, el otro automóvil está dispuesto.

—Muy bien —dijo el joven—. Voy a salir con la chica. No intenten nada contra mí; recuerde que tendré la boca de la metralleta apoyada en su espalda y que aunque tirasen contra mí, me quedaría un segundo para llenar de plomo su lindo cuerpo.

—No le haremos nada —prometió Arthyll.

Storch cambió una mirada con la muchacha. Selene hizo un signo de asentimiento.

Ella echó a andar por sí misma, sin necesidad de apremios. El prisionero se situó detrás de Selene, apoyando la boca del arma en su espalda.

—Tengo el seguro echado —susurró.

Salieron al pasillo. Selene caminó tranquilamente altiva, desempeñando espléndidamente su papel de indiferencia ante las circunstancias.

Momentos después, bajaban por la escalera.

Había seis hombres armados en el vestíbulo: los cuatro pistoleros profesionales y los dos cuatrillizos supervivientes.

Tres y cuatro le contemplaron con expresión llena de malignidad. Storch se estremeció.

Si le atrapaban vivo...

Debían de haber recibido órdenes muy estrictas de Arthyll, porque no hicieron el menor movimiento para atacarle. A los dos gemelos, en efecto, debía importarles muy poco la vida de Selene.

Pero sus pistolas ametralladoras permanecieron apuntando al suelo. Storch y Selene pasaron entre la doble fila de hombres armados y salieron a la terraza.

El coche estaba al pie de la escalinata. Era un *coupé*

descapotable último modelo. Storch pudo apreciar el leve ruido del motor funcionando a régimen lento.

Avanzaron dos pasos. De súbito, sonaron unos terribles aullidos. Selene exhaló un terrible grito.

—¡Los mastines! ¡Me había olvidado de ellos!

Tres enormes porrazos corrían hacia ellos, lanzando unos aullidos espantosos. Eran unas enormes fieras, cuyas gargantas estaban protegidas por unas sólidas carlancas erizadas de púas de hierro.

Corrían a través del parque dando unos enormes saltos, sin dejar de aullar. Storch apartó a la muchacha con una mano.

—Quítese de en medio —dijo.

Plantó los pies en el pavimento y quitó el seguro de la pistola ametralladora. Uno de los canes subía ya por la escalinata.

Storch lo derribó con media docena de balazos que le destrozaron el cráneo. El animal cayó rodando por los peldaños.

Los otros dos continuaron su feroz carga. Storch disparó y partió literalmente al segundo por la mitad del cuerpo.

Disparó de nuevo. Sólo una bala salió de la boca del arma.

El percutor hizo «click» al golpear en vacío. Delante de Storch, el último mastín, herido sólo ligeramente, se revolcaba a causa del dolor causado por el impacto.

Pero la herida aumentó su furor y le impulsó a lanzarse contra su enemigo. Storch le esperó a pie firme.

En el último instante, con la metralleta asida por el cañón, le asestó un terrible golpe en medio del cráneo. La culata, convertida en astillas por la violencia del choque, voló destrozada por los aires.

El animal se desplomó fulminado. Entonces, Storch, anonadado, se percató de un detalle.

¡Había agotado sus municiones!

Giró en redondo. Los seis esbirros, en silencio, avanzaron unos pasos y formaron un círculo a su alrededor.

Storch lanzó un profundo suspiro. Dejó caer el arma y puso sus manos a nivel de los hombros.

—Adelante, fusílenme —dijo.

Sonó una estridente carcajada.

—Se me acabaría la diversión demasiado pronto —dijo el invisible Arthyll—. Y usted me está proporcionando más emociones

de las que había pensado cuando lo secuestré. Vuelva, vuelva a su celda, señor Storch; tiempo tendrá de seguir luchando por su vida.

—Y de divertirme a usted, ¿verdad?

—Exactamente, mi valiente enemigo —contestó Arthyll con acento placentero.

—¡Storch!

Al oír la voz de Arthyll, el prisionero suspendió sus paseos por el interior de su celda.

—Acérquese al televisor —ordenó el dueño de la casa—. Hay allí un micrófono para que pueda dialogar conmigo.

—¿No tiene un poco de cera para taparme los oídos? Su asquerosa voz me pone enfermo, asesino.

—Desahóguese, Storch —rió Arthyll—, es lo menos que puedo permitirle. ¿Qué le pareció la prueba de Bilton?

Storch contuvo un juramento.

—Usted dejó que yo le engañase inconscientemente —acusó.

—Me divertieron mucho sus recomendaciones. Esta vez sí había ácido sulfúrico en el tanque.

—Arthyll, por vengar a su hermano ha cometido ya dos asesinatos; tres, si contamos el del policía que lo mató en cumplimiento de su deber. Esto es algo que pagará, tarde o temprano.

—Usted cometió la sexta parte de un crimen. Ahora lo está pagando... Ah, ¿no le han dado una nueva inicial metálica?

—Sí, pero...

—Póngasela, quiero ver sus movimientos en todo instante —ordenó Arthyll.

—¿Teme que me fugue de nuevo? —se burló Storch.

—Usted es un hombre muy peligroso —calificó Arthyll—. Ninguno de los demás prisioneros me ha dado la décima parte del que me ha dado usted. Vamos, póngase la insignia.

La letra había llegado con la última bandeja de comida, pero Storch se había limitado a tirarla sobre la cama. Dado que no le causaba ningún perjuicio, la recogió y la adosó a la pechera de su mono, gracias a un alfiler que la había sido colocado expresamente.

—Ésta es la marca de la casa —dijo en tono burlón—. ¿Por qué no nos marca con un hierro, como se hace con el ganado?

—Tal vez lo haga un día —contestó Arthyll—. ¿Se siente

preparado para la tercera prueba?

—No más preparado que el pobre Mike Bilton —declaró el prisionero—. Aquello fue un asesinato canallesco.

—No superó la prueba —dijo Arthyll, fríamente.

—Usted sabía que no podría superarla. Yo le di un consejo, es cierto, pero Bilton habría terminado saltando a la piscina de todas formas. El instinto, aun sin mi consejo, le habría hecho actuar como lo hizo. Y usted lo sabía y por eso llenó el tanque de ácido sulfúrico.

Sonó una corta carcajada.

—Pero no me negará usted que Bilton pudo haberse detenido y esperar a que lo condujesen a la sala de curas —dijo Arthyll.

—A usted me gustaría verlo sentado en aquel pavimento de piedras al rojo vivo. ¿Cuál es la tercera prueba?

—Duelo a cuchillo.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. Duelo a cuchillo.

—¿Con quién?

—Ah, eso la suerte ha de designarlo. Quedan cuatro supervivientes, ¿no?

—Sí, según creo.

—Las cuentas no fallan —dijo Arthyll, irónicamente—. Son cuatro y la suerte los emparejará para el duelo que tendrá ciertas características especiales, las cuales conocerán a su debido momento. Hasta luego, mi querido amigo.

Storch lanzó una mirada hacia la cámara de televisión, cuya luz piloto permanecía constantemente encendida.

Era observado sin descanso. Por lo menos, el receptor correspondiente a aquella cámara, que seguramente estaría en las habitaciones de Arthyll, estaría encendido de continuo, de tal modo que el demente dueño de la mansión de honores, podría verle en cualquier momento.

«Duelo a cuchillo», se dijo. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Con quién?

Las preguntas se agolpaban en su mente. Sólo conocía una respuesta cierta: Arthyll era un psicópata al que sus millones hacían doblemente peligroso.

A buen seguro que Arthyll, de niño, se dijo, había sido de los que cazaban moscas para arrancarles las patas una a una y torturaban a los perros y gatos que pudiera haber por la casa. Ahora,

en lugar de moscas o animales domésticos, torturaba a las personas.

La puerta se abrió de repente. Tres y cuatro, empuñando sendas metralletas, aparecieron ante sus ojos.

Tres llevaba en las manos una prenda de ropa que arrojó al centro de la estancia.

—Póngasela.

Storch se agachó y recogió la prueba, que no era sino un pantalón corto, de deporte, del mismo color que el mono que vestía.

—¿Para qué? —preguntó.

—Ordenes —contestó tres, lacónicamente.

Storch se encogió de hombros. Momentos después había sustituido el mono por los pantalones, que le dejaban el torso y las piernas desnudos.

—Y ahora, síganos.

Unos minutos más tarde, se encontraba en su cabina.

Los desperfectos habían sido reparados. De nuevo estaban las pantallas de televisión en su sitio y la cristalera de su cabina había sido repuesta.

Sin poder contenerse, se acercó al micrófono y dijo:

—Trabaja bien el señor Oppimer, ¿eh?

—En efecto, el señor Oppimer trabaja estupendamente —sonó la voz del todavía invisible Arthyll—. Y él, precisamente, es quien ha preparado los elementos precisos para la decoración del escenario en donde han de tener lugar los duelos.

CAPÍTULO X

Ana Miller llegó a su cabina protestando airadamente.

—He tenido que cambiarme de ropa en presencia de esos dos gorilas —gritó—. ¡Esto es un ultraje!

—Cállese —ordenó Arthyll.

—¡Váyase al diablo! Escuche, cerdo de dos patas... Cuando me vea fuera de aquí, le echaré ácido a los ojos. Disfrutaré mucho, créame.

—Antes disfrutaré yo, Ana —dijo Arthyll, imperturbable.

Laren y Campbell llegaron a continuación. Entonces, Arthyll inició su discurso:

—Bien, ya están reunidos aquí los cuatro supervivientes de las pruebas. Ahora voy a explicarles en qué consiste la tercera prueba. Serán encerrados, por parejas, en una habitación a oscuras, y cada uno de los contendientes estará armado de un cuchillo. Sólo uno de los dos de cada pareja deberá salir con vida de esa habitación. ¿Lo han comprendido ahora?

Arthyll hizo una corta pausa, a fin de aumentar el efecto dramático de sus palabras. Ana empezó a gritar.

—¡Canalla, miserable, asesino! ¡Qué probabilidades tengo yo de salir triunfante contra un hombre!

Arthyll se encogió de hombros.

—La oscuridad igualará las fuerzas —contestó—. Pero yo podré presenciar el duelo.

—¡Curioso! —le apostrofó Storch.

Laren y Campbell permanecían silenciosos. Storch los observó por la pantalla y les vio llenos de pánico.

Sus sentimientos eran comprensibles. Ambos habían ejercido determinadas actividades, delictivas o no, que tenían muy poco que ver con la violencia. También Storch se encontraba en el mismo caso, pero al menos hacía esfuerzos por superar sus estados

depresivos.

—Cada pareja será elegida por la suerte —continuó Arthyll. Tocó una bolsita de tela que tenía sobre la mesa—. Aquí, en esta bolsa, tengo cuatro bolas numeradas. Había seis, pero he retirado dos, debido a las bajas de los señores O'Teyne y Bilton. Por tanto, los números que ahora quedan son el uno, tres, cuatro y cinco, correspondientes al orden en que cometieron su sexta parte de asesinato. Así, pues, el señor Storch tiene el número uno; Ana Miller, el tres; y los señores Laren y Campbell el cuatro y cinco, respectivamente. ¿Enterados? Bien, en tal caso, vamos a proceder al sorteo.

Laren habló de pronto:

—Arthyll, quiero decirle una cosa.

—Sí, señor Laren.

—Mi amigo y yo, si la suerte nos empareja, no lucharemos.

—Entonces, serán fusilados. Los dos, en el acto... —dijo Arthyll, en tono glacial.

—Pero...

—¡Silencio! Ya me ha oído usted, señor Laren. Si la suerte le empareja con el señor Campbell, tendrá un cincuenta por ciento de probabilidades de sobrevivir, naturalmente, si acepta el duelo a cuchillo. De otro modo, y ésta no es una advertencia vana, haré que los fusilen inmediatamente. ¡Ahí mismo, en las cabinas en donde se encuentran!

Laren se lamió los labios, repentinamente reseco. Storch se preguntó si no habría forma humana de detener las demoníacas acciones de aquel psicópata.

¿Y Selene?

¿Dónde estaba? ¿Por qué no la había visto en tantas horas, ni siquiera oído su voz?

Prestó atención a Arthyll. El dueño de la casa agitaba la bolsa.

Arthyll metió la mano y sacó una bola de regular tamaño, cuyo número mostró ante la cámara, a la vez que lo definía en voz alta:

—El cinco. Corresponde al señor Campbell.

Storch contuvo el aliento.

La siguiente bola, ¿sería la suya?

Salió el número cuatro.

—Señor Laren, le ha tocado pelear con su amigo —anunció

Arthyll, enseñando la bola correspondiente—. Es obvio, por tanto, que el señor Storch y la señorita Miller han quedado emparejados. ¿Será galante con su hermosa rival, señor Storch? —preguntó el loco, con acento de burla.

Storch apretó los labios. ¿Qué podía contestar?

—Lo siento, Ana —dijo.

Ella meneó la cabeza.

—Ya he perdido las esperanzas de salir viva de aquí —manifestó—. Usted ganará; es hombre y, además, mucho más fuerte. Sea rápido conmigo, se lo ruego.

—El señor Storch tendrá en cuenta su petición, Ana —dijo Arthyll, irónicamente—. Y ahora, dispongámonos a presenciar el primer duelo; el de la pareja elegida en primer lugar por la suerte. La segunda pareja, al presenciarlo, podrá extraer valiosas experiencias para el momento en que les corresponda pelear por su vida.

Ana, de repente, perdió el ánimo y se echó a llorar. Storch se preguntó, acongojado, por qué Selene no hacía algo para ayudarles.

Laren y Campbell, vestidos con unos simples pantaloncitos, fueron introducidos en una habitación cuadrada, absolutamente desprovista de muebles. En el momento de entrar les fueron entregados sendos cuchillos de caza.

La puerta se cerró de golpe. Laren dio un salto hacia atrás.

Storch frunció el ceño. ¿Por qué aquella neblina en la transmisión?

Pero ¿no había dicho Arthyll que la pelea se desarrollaría en la más completa oscuridad?

De repente, lo comprendió todo.

La cámara que captaba las imágenes estaba dotada de objetivo especial para rayos infrarrojos, lo que permitía la visión en semejantes condiciones de nula iluminación. Laren y Campbell, por supuesto, lo ignoraban todo.

Sonó la voz de Campbell:

—Laren, ¿dónde estás? Quiero decirte algo.

Laren guardó silencio. Storch observó su astucia al callar. El sonido de su voz podía delatar su posición.

—Te juro que no quiero hacerte daño —dijo Campbell, en tono plañidero.

De repente, Laren se lanzó hacia adelante, blandiendo su cuchillo. Descargó un golpe y cortó profundamente el brazo izquierdo de Campbell.

Un alarido de dolor brotó de los labios del herido, quien se revolvió, golpeando furiosamente con su cuchillo. La punta del arma rasgó el omoplato de Campbell, de cuya espalda brotó al instante un reguero de sangre.

Campbell agarró el brazo de su enemigo y empezó a darle de cuchilladas, salvajemente, sin descanso. Era un espectáculo horripilante.

Pareció que Campbell iba a ganar la partida. Laren se arrodilló, con el cuerpo lleno de heridas.

Pero, de repente, con un último impulso, estiró el brazo izquierdo y agarró el de Campbell, tirando de él hacia abajo. Luego, casi a tientas, con sus últimos esfuerzos, lo degolló.

Los dos hombres quedaron tendidos en el suelo, agitándose unos momentos, antes de quedar inmóviles. Poco a poco adquirieron la suprema quietud de la muerte.

La imagen se esfumó en la pantalla.

—Ahora mis colaboradores van a proceder a la «limpieza» de la habitación —dijo Arthyll—. Dentro de unos minutos, ustedes dos, señorita Miller y señor Storch, pasarán al pequeño anfiteatro cuya salida estará permitida a uno solo. Ése será el superviviente.

—¿Está seguro de que dejará salir al que sobreviva?

—¿Por qué pregunta eso, señor Storch?

—El superviviente puede sentir deseos de ir a contar a la policía lo que ha pasado aquí, ¿no cree?

Arthyll soltó una risita.

—Yo me encargaré de que no lo repita —contesto.

—¿Lo ve usted, Jerry? —dijo Ana—. Ese forajido no nos dejará salir libremente de aquí. Tuvimos la mala suerte de conocer al bastardo de su hermano y eso nos ha marcado para el resto de nuestros días.

—Repito que el superviviente podrá irse de aquí, aunque me reserve el medio de obligarle a guardar silencio para el resto de sus días —insistió.

—Sí, ya sé cómo lo dejará irse de esta casa: sin lengua y sin ojos. Y puede que hasta sin manos, a fin de que no le delate por medio de

la escritura —dijo Storch.

Arthyll pareció quedarse parado. Storch sintió un escalofrío de terror.

¡Había adivinado la verdad!

Sólo sin manos, ciego y mudo podría salir el superviviente de aquella mansión de los horrores. Era lógico que a Arthyll no le interesase que nadie delatase cuantas barbaridades se habían cometido en su casa.

La imagen de Arthyll desapareció de pronto. En la sala quedó solo una pantalla encendida.

Storch se mordió los labios. Tenía un plan, pero ¿podría expresárselo a Ana sin que se enterasen otras personas?

—Ana —bisbiseó, con los labios pegados al micrófono—, ¿me oye usted? No conteste, haga un signo de asentimiento a través de la pantalla.

La mujer obedeció.

—Tengo un plan para escapar los dos —susurró el joven—. Le juro que soy sincero. Créame, se lo ruego.

Ana volvió a mover la cabeza afirmativamente.

—Ya ha oído usted lo que yo he dicho antes —prosiguió Storch—. El superviviente perderá las dos manos, los ojos y la lengua. De este modo no podrá delatar a ese sádico asesino. ¿Lo comprende?

Ella dijo sí en silencio.

—Se trata de desempeñar una comedia, como en el cine. Yo fingiré herirla a usted con mi cuchillo. Usted se desplomará al suelo, con el cuchillo sujeto por el brazo izquierdo y el costado. Procure caer del lado izquierdo para que se vea menos la trampa. ¿Ha entendido?

—Sí, Jerry —cuchicheó la mujer—. Pero ¿y la sangre?

—Deje que yo me preocupe de ese asunto. ¿Lo hará tal como lo he dicho?

—Desde luego. ¿Y si nos han escuchado? —preguntó ella, con repentina aprensión.

—Lo sabremos en el momento de empezar el duelo —contestó—. No hable ya más, Ana.

—De acuerdo, Jerry.

Storch miró a la mujer a través de la pantalla. Ana le dirigió una sonrisa de gratitud.

Una vez más, Storch estaba dispuesto a luchar por su vida. Lo que no pensaba hacer era desempeñar el papel de borrego conducido al matadero.

Lucharía sin descanso, con uñas y dientes si no tenía otras armas, pero lucharía.

«¿Y Selene? —se preguntó de pronto—. ¿Por qué no hacía acto de presencia? ¿Le había traicionado?».

CAPÍTULO XI

La puerta se abrió bruscamente. Tres y cuatro, armados con sendas metralletas, aparecieron ante la vista del prisionero.

—Salga —ordenó Tres.

Storch obedeció. La boca de una pistola ametralladora se apoyó en su espalda.

—No intente bromas estúpidas o le destrozaré el espinazo a tiros —advirtió tres.

Cuatro abrió la puerta de la otra cabina, Ana Miller apareció a la vista del joven.

—Hola, enemigo —sonrió la mujer.

Storch le hizo un gesto con la mano. Ana vestía solamente una especie de bikini, del mismo color que el del traje que había llevado antes.

—Se ve que estoy gorda, ¿verdad? —dijo, con una falsa risita.

—Llenita, nada más —contestó Storch, galantemente.

—Vamos, caminen —ordenó cuatro, con voz gutural.

Salieron al vestíbulo, cruzaron la terraza y descendieron al parque. Storch se dio cuenta de que no habían visto la escena del duelo entre Laren y Campbell, sino hasta el momento en que los dos contendientes fueron encerrados en la habitación donde se había efectuado la pelea.

Caminaron medio centenar de metros a través del parque hasta detenerse ante un conjunto de edificaciones auxiliares, destinadas sin duda a guardar herramientas. Tres abrió una puerta.

—Los cuchillos están ahí —dijo—. Entren y empiencen a pelear para salvar su vida.

Storch vio los dos cuchillos en el suelo, a un paso del umbral. Volvió la cabeza y cambió un rápido pestañeo con Ana. Ella contestó de la misma forma.

Ambos se inclinaron al mismo tiempo para recoger sus

respectivos cuchillos. La puerta empezó a cerrarse tras ellos.

—Corra al otro lado y espere allí mis instrucciones —susurró Storch.

La mujer obedeció. Storch quedó junto a la puerta, en la más completa oscuridad, con el cuchillo en la mano derecha.

Al fin, tras unos segundos de vacilación, durante los cuales procuró situar mentalmente la posición de la cámara, acercó al cuchillo a su brazo izquierdo y arañó la carne con la punta.

Instantáneamente notó el fluir de la sangre. No era una herida profunda, naturalmente; apenas tendría dos milímetros de profundidad, pero sí era larga y provocaba una relativa efusión de sangre, que era lo que él estaba deseando.

—Ana —murmuró.

—Aquí, Jerry —contestó ella.

—Voy a avanzar hacia usted. Dé dos pasos hacia adelante.

Ana obedeció. El breve diálogo había sido efectuado en tonos muy bajos. Storch tuvo en cuenta la sensibilidad del sistema de sonido y también la menor visibilidad de la cámara en un ambiente de oscuridad total, aun dotada de rayos infrarrojos. Esto restaría detalles a los observadores de la escena.

—Yo sujetaré su brazo derecho. Luego fingiré clavarle el cuchillo en el otro costado. Ya me he hecho sangre.

—Sí, Jerry.

Storch avanzó paso a paso. Era una oscuridad total una negrura impenetrable, la ausencia absoluta de luz.

De pronto, tocó un brazo humano. Lo agarró con fuerza.

—¿Es el derecho? —preguntó.

—Sí. Por favor, Jerry —rogó Ana, terriblemente asustada—. He creído en usted...

Storch comprendió el pánico de la mujer. Resultaba lógico que dudase.

—No tema. Prepárese, Ana. Con la mano izquierda busque mi brazo izquierdo. Tiene que mancharse de sangre.

—Sí, Jerry.

—Ahora —dijo él.

Y acercó el cuchillo al cuerpo de la mujer.

—Sujételo con el brazo izquierdo. Grite, grite.

Ana empezó a chillar.

—Suelte su cuchillo y caiga al suelo, pero no suelte el mío.

La mujer era una hábil comediante. Cayó de lado y empezó a quejarse.

—Me muero, me muero...

De pronto, lanzó un atroz grito, se agitó un par de veces y luego se quedó inmóvil.

—¿Ha quedado bien, Jerry?

—Perfecto, Ana.

Storch se arrodilló al lado de la mujer y la tocó como si quisiera convencerse de que estaba muerta. Pero con la mano izquierda, tras un tanteo, recogió el cuchillo y lo guardó dentro de sus pantalones.

—Le felicito, señor Storch —sonó en la oscuridad la voz de Arthyll—. Ha sabido usted ganarse a pulso su libertad.

La puerta se abrió bruscamente. El cuatrillizo número tres apareció en el umbral.

Storch parpadeó, deslumbrado por el resplandor. Avanzó un paso, dos, tres...

Cuatro estaba unos pasos más allá, con otra ametralladora descansando sobre el hueco de su brazo izquierdo, en actitud negligente. Storch se quedó un momento inmóvil en el umbral.

Tres estaba a su derecha. De repente, el joven saltó lateralmente y agarrándole por ambos brazos, le hizo girar un cuarto de vuelta.

La pistola ametralladora quedó encarada hacia el otro cuatrillizo. Tres, aturdido, no supo reaccionar a tiempo y una mano se apoyó en la suya, haciéndole apretar el gatillo.

Se oyó un atronador tableteo. Cuatro lanzó un feroz chillido y se desplomó de espaldas, pataleando convulsivamente.

Tres forcejeó para soltarse de los brazos de su captor. Storch sacó el cuchillo y se lo clavó en la carne. Percibió claramente el sonido del acero al chocar contra un hueso y oyó el alarido de dolor del esbirro, quien soltó instintivamente el arma, para lanzarse al suelo, revolcándose frenéticamente a causa del dolor de la herida.

Storch se precipitó hacia la metralleta.

—¡Afuera, Ana!

La mujer no se hizo de rogar. Abandonó el cuartito y corrió hacia la otra metralleta, de la que se apoderó sin vacilar.

—Jerry, asáltemos la casa —gritó.

—Es lo que pensaba hacer —contestó el joven, lanzándose hacia

adelante.

Más ágil que Ana, la adelantó unos cuantos pasos, dirigiéndose velozmente hacia la terraza. Estaba a punto de alcanzar la escalinata, cuando oyó a su izquierda el tableteo de una pistola ametralladora.

Ana lanzó mi desgarrador alarido. Storch giró la cabeza y vio que se tambaleaba, con la cintura llena de sangre.

A treinta pasos de distancia, divisó a uno de los pistoleros, acribillando a balazos a la pobre mujer. Storch, cegado por la ira, le envió todo el contenido de su cargador. La cabeza del pistolero, deshecha por la ráfaga, saltó en mil pedazos.

Ana estaba muerta, ya no se podía hacer nada. Cegado por la ira, Storch recogió la metralleta que Ana no había tenido tiempo de utilizar y corrió hacia la cristallera.

Estaba cerrada. Lleno de furia, destrozó uno de los paneles de vidrio a tiros y atravesó el hueco de un salto.

Un hombre apareció de pronto ante él. Era pequeño, casi calvo, de nariz aguileña y usaba gafas de gruesos cristales.

Storch dedujo que debía de ser Oppimer, el técnico que había montado todos los complejos sistemas de comunicación de la mansión.

—¿Dónde está Arthyll? —preguntó, apuntándole con el arma.

Oppimer señaló una puerta. Storch lo empujó hacia ella.

—Abra —ordenó.

El hombrecillo obedeció en el acto. Storch se vio, de pronto, en una habitación de gran tamaño, en la que había numerosas pantallas de televisión y aparatos electrónicos de control.

Al ruido de la puerta, un hombre, que estaba estudiando uno de los aparatos, se volvió y miró al recién llegado.

—Es usted —dijo Arthyll, sin inmutarse.

—En efecto, yo mismo —contestó Storch, interiormente asombrado de la tranquilidad que mostraba aquel loco atacado de manía persecutoria.

—Una vez más, ha demostrado ser más listo que todos —dijo Arthyll.

—Pregúnteselo a tres —contestó el joven.

—He oído disparos en el parque.

—Tres ha matado a cuatro. Ana y yo escapamos, pero uno de sus

vigilantes exteriores la mató. Yo disparé contra él.

—Y llegó hasta aquí.

—¿No me está viendo?

Arthyll meneó la cabeza.

—Suspendí la transmisión apenas vi caer a Ana. ¿Qué hicieron?

—Una comedia.

—Pero ella sangraba.

Storch levantó su brazo izquierdo, en el que la sangre había dejado de fluir.

—Era yo —contestó.

Arthyll hizo un gesto de admiración.

—Está visto que no voy a poder con usted —dijo—. ¿Qué pretende ahora?

—Marcharme de aquí, naturalmente. A mi modo, no al suyo. Usted pensaba dejarme ciego, mudo y sin manos, ¿verdad?

El millonario se encogió de hombros.

—Habría sido una buena medida de precaución, ¿no cree?

De repente, Storch se volvió hacia Oppimer, que presenciaba la escena y le dio una orden:

—Tráigame mis ropas —dijo—. Hágalo antes de diez minutos o acribillaré a tiros a este asesino que tengo delante de mis ojos.

—Obedezca, Oppimer —dijo Arthyll, sin perder por un segundo su tranquilidad de ánimo.

El especialista huyó a la carrera.

Arthyll preguntó:

—¿Qué va a hacer ahora?

—En cuanto me haya vestido, me iré de aquí a denunciarle a la policía. Una indefinible sonrisa flotó en los labios de Arthyll.

—Muy puesto en razón —admitió.

—Por cierto, ¿qué ha sido de Selene?

—Se ha ido.

Arthyll acompañó la respuesta con un gesto indefinido de su mano. Storch comprendió el sentido de la contestación y se sintió atacado por una cólera infinita.

De alguna manera, Arthyll se había enterado de que Selene le había traicionado. Era fácil imaginarse la suerte que había corrido la pobre muchacha.

Se sintió atacado por la tentación de acribillar a tiros a aquel

asesino, pero logró contenerse. Era la justicia la que tendría que tomar en sus manos el castigo de tantos crímenes.

Oppimer volvió poco después con las ropas del joven. Entonces, Storch dio una orden:

—Los dos, tiéndanse en el suelo boca abajo y no se muevan en absoluto mientras me visto. Allí, al fondo de la estancia.

Arthyll y Oppimer obedecieron en silencio. Storch dejó la pistola ametralladora sobre una mesa y empezó a vestirse.

Minutos después estaba listo.

—Arthyll, levántese. Usted, Oppimer, continúe dónde está.

El millonario obedeció.

—¿Cuáles son sus planes, Storch?

—Quiero que me acompañe hasta la salida. De su comportamiento depende que yo mantenga el dedo índice quieto. ¿Ha comprendido?

—El significado de esa metáfora resulta de una claridad meridiana —sonrió Arthyll—. ¿Puedo romper la marcha? —preguntó.

Storch señaló hacia la puerta. Arthyll caminó tranquilamente, sin mostrar el menor enojo.

—Nunca debí de haber cortado la transmisión antes de tiempo —fue todo lo que dijo en el momento de cruzar el umbral.

Salieron a la terraza.

Los cadáveres habían sido retirados ya. Storch se preguntó dónde podría hallarse el número tres.

Delante de ellos estaban los pistoleros. Storch apoyó la metralleta en la espalda del dueño de la casa.

—Traigan un coche y déjenlo ir libremente —dispuso Arthyll.

—Que tiren sus armas al suelo —dijo Storch, a guisa de precaución.

Un minuto después, montado en un automóvil, atravesaba a toda velocidad la puerta del parque, saliendo de la que había considerado una horrible pesadilla durante tantos días.

CAPÍTULO XII

—¿Y todo eso ocurrió en la residencia del señor Arthyll?

—Sí, señor. Le aseguro que no hay la menor exageración en cuanto le he relatado —dijo Storch.

Frank McGinnis, comisario jefe de policía, llene la pipa de tabaco y se la puso entre los dientes. Luego se aplicó a la tarea de encenderla, mientras su visitante le contemplaba con singular atención.

—Señor Storch —dijo McGinnis al cabo.

—Dígame, comisario.

—Estoy en un aprieto, francamente. El señor Arthyll es una persona respetabilísima... ahora, claro. No digo que en el pasado no cometiera alguna que otra pequeña infracción de la ley, pero nunca de gravedad. Ahora, es decir, desde hace bastantes años, es un hombre que cumple plenamente sus deberes de ciudadano. Su acusación es muy seria, señor Storch.

—Pero cierta, comisario.

McGinnis movió la cabeza varias veces, mientras mantenía la pipa fuertemente agarrada con los dientes.

—Sí, podría ser —admitió—. Confieso que me he informado también acerca de usted y no he hallado el menor dato desfavorable en los archivos. Pero...

—Entonces, ¿no va a hacer nada? ¡Fueron cinco los asesinatos cometidos, comisario! ¡No, seis! —rectificó Storch, acordándose repentinamente de Selene.

—Un ciudadano normal, bien considerado de espíritu ponderado como usted no suele hacer una acusación semejante, sin una base en qué apoyarse —declaró el policía, con ademanes un tanto doctorales—. Pero hemos de considerar la posición del señor Arthyll.

—Considere usted que es un asesino —dijo Storch,

rabiosamente.

—Por ahora es inocente, mientras no probemos su culpabilidad.

—¡Si no se mueve usted de ese sillón, no la probaremos jamás!
—vociferó el joven.

—Cálmese, señor Storch —dijo McGinnis, en tono conciliador—. Yo le ruego...

—Pero ¿qué diablos va a rogar? ¿Es que ni siquiera se le ha ocurrido investigar sobre seis personas desaparecidas, sin incluirme a mí? ¿Acaso no ha preguntado en el Banco por O'Teyne? Era un hombre bueno y decente, comisario.

—Sí, es cierto —admitió el policía—. Tenemos noticia de esas desapariciones, pero... ¡se producen tantas al cabo del año! En fin, no quiero que usted pueda decir que ha venido a la policía de esta ciudad y que no le hemos prestado nuestra colaboración. Haré algo en su obsequio, señor Storch.

El joven esperó con ansia la decisión de McGinnis. La mano del comisario movió la palanquita de un interfono.

—¿Está por ahí el sargento Brueghel? —preguntó.

—Sí, señor —contestó una voz femenina.

—Hágalo venir a mi despacho, Maggie.

—Bien, señor.

Momentos después llamaban a la puerta.

—¡Adelante! —dijo McGinnis.

Un hombre, vestido de paisano, entró en la estancia. Era de cierta edad, unos cuarenta años, de rostro cuadrado y ojos vivaces.

—Sargento, el señor Storch. Señor Storch, el sargento Brueghel —presentó McGinnis.

Los dos hombres se saludaron mutuamente.

Acto seguido, McGinnis dijo:

—Sargento, el señor Storch ha formulado una acusación de asesinato contra Charles Arthyll. Lo conoce usted, creo.

—En efecto, comisario —contestó Brueghel.

—Muy bien. En tal caso, usted irá con el señor Storch a la residencia del señor Arthyll e interrogará a este sobre los extremos que el señor Storch le irá detallando durante el camino. Creo —añadió el comisario, dirigiéndose a Storch—, que la residencia de Arthyll está bastante apartada de la ciudad.

—Unos cuarenta kilómetros —dijo Storch.

—Sí, hace unos años, Arthyll se retiró de los negocios y se enclaustró, por decirlo así, en aquella residencia. Tenía ganas de descansar, alegó, al justificar su decisión; sentía deseos de alejarse del ruido y del bullicio.

—Puede ser —masculó el joven—. ¿Cuándo vamos allí?

—Ahora mismo, si usted lo desea. Sargento, que le faciliten un vehículo policial.

—Bien, comisario.

Momentos después, Storch y el sargento Brueghel subían al automóvil. Brueghel conducía con notable pericia.

—Bien, señor Storch —dijo el sargento, una vez hubieron abandonado los límites de la ciudad—. Ahora, por favor, tenga la bondad de ponerme en antecedentes de todo lo que ocurre.

—Con mucho gusto, sargento.

Storch estuvo hablando durante largo rato. Al terminar, Brueghel dijo:

—Conocía a los cuatrillizos, aunque hacía tiempo que les había perdido de vista. Nunca creí que pudieran llegar a extremos semejantes.

—Usted no los ha visto en acción —dijo Storch, amargamente.

—Esos tipos no eran, no podían ser normales. No es normal el nacimiento de cuatro hermanos de tan absoluto parecido. Eran deficientes mentales, créame, señor Storch.

—¿Lo dice de veras?

—Pues claro. De otro modo, con su número musical, si hubiesen tenido dos dedos más de frente, podrían haberse hecho de oro. Pero sólo servían para recibir órdenes —dijo el sargento, en tono despectivo.

—Todavía no sé yo cómo se llaman —manifestó Storch.

—El apellido es Guillandi...

—¿Italiano?

—Sí. Hay que tener en cuenta que Arthyll es también de origen italiano.

—Entiendo.

—En cuanto a los nombres son Tony, Freddie, Stan y Steve. Lo que ya no puedo puntualizar es el nombre que corresponde a cada uno... que correspondía, mejor dicho, y por tanto, el nombre del único superviviente.

—Tampoco importa demasiado —suspiró Storch—. ¿Qué hacía Arthyll antiguamente?

—Tenía una fábrica de piezas para aparatos de televisión. El mismo era muy entendido en la materia, creo.

—Eso explica muchas de las cosas que yo pude ver allí —dijo el joven.

—Por supuesto.

Media hora más tarde, se detenían ante una puerta de metal, completamente lisa, salvo una pequeña mirilla en uno de sus batientes.

Brueghel se apeó y se acercó a la puerta. Tocó el timbre y esperó.

La mirilla se descorrió. Unos ojos escrutaron la faz del policía.

—Tenga la bondad de anunciarme al señor Arthyll —dijo el sargento, tras manifestar su nombre y profesión.

—Al momento —contestó el vigilante.

La puerta se abrió poco después. Brueghel tomó de nuevo el volante e hizo levantar el coche a través del parque, hasta llegar al pie de la escalinata.

Los dos hombres se apearon y subieron a la terraza. Oppimer salió a recibirles.

—El señor Arthyll les aguarda, caballeros —informó, a la vez que extendía la mano para guiarlos.

Storch sentía unas violentas palpitaciones en su corazón. Procuró tranquilizarse, diciéndose que ahora tenía la protección de la policía. Brueghel no permitiría que el demente propietario de la mansión le causara el menor daño.

Oppimer abrió la puerta. Arthyll les miró desde el otro lado de la habitación atestada de aparatos, sentado ante una mesa de control.

—Caballeros —saludó cortésmente, sin expresar la menor sorpresa por ver de nuevo a Storch.

—Señor Arthyll —dijo el policía—, soy el sargento Brueghel, encomendado por mi jefe, el comisario McGinnis, de realizar una investigación en esta casa, a consecuencia de una denuncia formulada por el señor Storch, aquí presente, relativa a varios asesinatos que dice se han cometido en su residencia. ¿Qué contesta usted a la acusación, señor Arthyll?

Hubo una corta pausa de silencio.

Arthyll tenía los ojos fijos en Storch. El joven se sintió invadido por una vaga aprensión.

De pronto, los labios de Arthyll se distendieron en una amplia sonrisa.

—¿Qué opina usted, sargento? —preguntó.

—Es imposible, señor Arthyll. Yo no creo en absoluto en esos asesinatos —declaró Brueghel, muy seriamente.

Storch empezó a abrir la boca para emitir su protesta, pero Arthyll no le dejó hablar.

—Muchas gracias, sargento; es usted muy amable... Enternece ver que hay personas que todavía tienen confianza en uno.

—Usted es incapaz de matar a una mosca, señor Arthyll —dijo Brueghel—. Naturalmente, yo me he limitado a cumplir las órdenes recibidas.

—Le comprendo, sargento. ¿Qué le dirá usted al comisario?

—Sencillamente, que no existe el menor indicio para sospechar de la comisión de ningún asesinato y que por eso no he continuado adelante con la investigación.

—Excelente, sargento, excelente —aprobó Arthyll, con un movimiento de cabeza—. Y respecto al señor Storch, ¿qué le dirá usted?

—Bien, el señor Storch comprendió que se había equivocado, le presentó a usted sus excusas y se volvió a su casa.

—¡Pero es cierto! —chilló el joven—. Yo mismo vi...

De repente, sin que nadie le interrumpiera, se calló.

Empezaba a comprender el sentido del diálogo cruzado entre Arthyll y el policía. El horror invadió su ánimo.

—Justamente, sargento —dijo Arthyll, sin hacer de Storch el menor caso—. El señor Storch se había equivocado y se disculpó, volviéndose por dónde había venido. Gracias, una vez más, mi buen Brueghel.

—A usted, señor Arthyll. ¿Puedo marcharme ya?

—Por supuesto.

El sargento se dirigió hacia la puerta. Storch quiso volverse, pero al hacerlo vio a dos de los pistoleros en el umbral, apuntándoles con sendas pistolas ametralladoras.

Arthyll miró al joven y meneó la cabeza con fingido pesar.

—¿Por qué, por qué hizo usted eso? —dijo en tono quejumbroso—. Había conseguido salir vivo de aquí y ha vuelto para molestarme. ¿No comprende que ya no podré permitirle que salga más de mi casa, señor Storch?

El joven estaba helado de terror.

De nuevo había caído en la trampa, y esta vez por su propia voluntad.

Miró a Arthyll. En aquel momento creyóse una mosca caída en la red, contemplando a la araña que ya se refocilaba de antemano con el banquete que le iba a proporcionar su presa.

La mosca era él. Naturalmente, Arthyll era la araña.

CAPÍTULO XIII

Nuevamente estaba en la celda que conocía tan bien y vestido con aquel tétrico uniforme gris de una sola pieza. Paseábase arriba y abajo, como un león enjaulado, maldiciéndose a sí mismo por no haber llenado de plomo el cuerpo de Arthyll cuando pudo hacerlo.

«No me pasará por segunda vez», se dijo, hablando entre dientes.

Pero ¿habría segunda vez?

En cierto modo, la culpa no era suya.

¿Cómo iba a suponer que el sargento Brueghel fuese un cómplice de Arthyll?

Bien, la palabra cómplice no era exacta. Mejor sería decir subordinado... como los cuatrillizos y los pistoleros. Brueghel era, simplemente, un tipo inscrito en la nómina de Arthyll.

Parecía lógico que Arthyll tuviese conexiones por todas partes. ¿También el comisario McGinnis recibía órdenes de aquel maníaco?

De pronto, se acordó de Selene.

¿Qué clase de muerte había sufrido la infeliz muchacha?

¿La piscina de ácido sulfúrico? ¿Un tiro en la nuca?

Ya todo daba igual. Selene estaba muerta.

Súbitamente recordó la llave que le había dado Selene. Pero en lugar de precipitarse sobre el colchón, logró contener su primitivo impulso y continuó sus paseos.

La cámara le seguía incansablemente, arriba y abajo, arriba y abajo, guiada por la A de metal que llevaba en el pecho.

Alguien, seguramente, vigilaba todos sus movimientos día y noche. Esta vez, Arthyll no se dejaría sorprender.

Por cierto, ¿qué pensaba hacer con él?

De momento no había dicho nada al respecto, salvo que ya no permitiría que saliese más de su casa.

¿Le haría repetir de nuevo aquellas terroríficas pruebas de

supervivencia?

En este caso, ¿con quién se batiría a cuchillo?

Descorazonado, harto de calentarse los cascos con incesantes cálculos acerca de su porvenir, se tendió en el lecho.

A los pocos minutos, pese a su nerviosismo, se quedó dormido.

—Señor Storch.

El joven abrió los ojos.

Miró hacia la pantalla. Arthyll le contemplaba sonriente.

—¿Está cansado, señor Storch?

—Aburrido es la palabra adecuada.

—Oh, sí, tal vez. Perdona la interrupción. Continúe durmiendo, se lo ruego.

La imagen se esfumó. Storch, mascullando una palabrota, se puso en pie. Arthyll había ido a despertarle en lo mejor de su sueño, cuando había logrado olvidar la angustia de su situación.

Poco más tarde aparecieron cuatro y un pistolero. Cuatro llevaba en las manos una bandeja con comida. La cuchillada recibida parecía no haberle causado efectos posteriores.

—¿Te llamas Steve? —preguntó Storch, dirigiéndose al superviviente de los cuatrillizos.

—Stan —contestó el gorila, con voz opaca.

Storch tomó la bandeja. Instantes después, se cerraba la puerta.

Comió con apetito. Realmente, no podía quejarse de la cocina de Arthyll.

Al terminar se iluminó la pantalla de televisión.

—¿Señor Storch?

—Dígame, Arthyll —contestó el joven, con voz hastiada.

—¿Le ha agradado la comida?

—Estaba buena, simplemente.

—La leche contenía estimulantes. Una pequeña dosis de anfetamina y simpatina. Usted ya conoce sus efectos, ¿verdad?

—Sí, alejan el sueño.

—Exactamente. Muchas gracias, señor Storch.

La comunicación se cortó. Storch parpadeó.

Estimulantes... para impedirle dormir. ¿Qué clase de tortura pensaba aplicarle aquel psicópata?

Notó cierta euforia, consecuencia de la ingestión de las drogas. Era lógico, pero ¿acabaría muriendo por falta de sueño?

«No, antes me habré vuelto loco... y probablemente eso es lo que desea Arthyll», se dijo.

Loco... Repitió la misma palabra varias veces.

¿Por qué quería enloquecerle?

Sólo había una explicación: Arthyll no quería que, en el futuro, sus declaraciones pudieran perjudicarlo.

«En ese caso, resultaría más sencillo acabar conmigo de un tiro».

A la hora adecuada, le trajeron otra bandeja con comida.

La cámara de televisión seguía implacablemente sus movimientos. El prisionero empezó a pensar, una vez más, en evadirse.

Tenía la llave que le entregara Selene. Lo difícil era salir de la celda, ya que la puerta carecía de cerradura.

Después de comer observó la bandeja durante un buen rato.

Era de plástico flexible, muy liviana. No servía como arma ofensiva, desde luego, pero...

La superficie de la bandeja era muy brillante. Storch hizo unas cuantas pruebas, reflejando en la pared la luz de la única lámpara de su celda.

Por supuesto, no tenía la capacidad de reflexión de un espejo ordinario, pero podría servir para sus fines. La emplearía en el momento adecuado.

Se tendió en la cama. Las drogas le impidieron dormir.

Podía negarse a comer, ciertamente, pero el hambre acabaría venciéndote. Era de suponer que Arthyll hubiese contado con semejante posibilidad.

Horas más tarde, todavía sin haber pegado un ojo, se iluminó la pantalla de televisión.

—Señor Storch.

El joven se sentó en la cama.

—Le escucho, Arthyll —manifestó.

—Solamente deseaba informarme acerca de su estado de salud —declaró el dueño de la casa.

—Por ahora es bueno.

—Claro —sonrió Arthyll—. Sobre todo si consideramos que sólo lleva veinticuatro horas sin dormir. ¿Qué sucederá cuando hayan pasado otras veinticuatro?

Storch se encogió de hombros.

—Me sentiré muy mal —dijo.

—Exactamente. Y cuanto más sueño necesite y no lo pueda conseguir, peor se sentirá usted. Acabará volviéndose loco.

«Lo adiviné», pensó el joven.

—Es probable, pero ¿por qué no me mata? —preguntó.

—¿No le dije que respetaría su vida? Usted fue el único que, aunque con algunas trampas, superó todas las pruebas.

—Entonces ha olvidado sus propósitos de mutilarme.

—Sí. He llegado a la conclusión de que sería muy difícil explicar esas mutilaciones. Una locura tiene una explicación mucho más sencilla.

—Y de este modo, usted no sufrirá mis complicaciones.

—Justamente. Gracias por la atención, señor Storch. Que descanse. Arthyll dejó de ser visible.

«La falta de sueño», se dijo. Un suplicio refinadísimo. Antes de una semana habría caído en un estado de demencia absoluta, en el que el cerebro sufriría daños irreparables.

Entonces, convertido en un idiota, sería conducido a un sanatorio psiquiátrico y allí acabaría sus días.

Pero, una vez más, dejó de pensar en tan negro porvenir y se aplicó a estudiar el modo de evadirse.

Se acercó a la puerta y la estudió cuidadosamente, pero no deteniéndose ante ella, sino en sus sucesivas idas y venidas. Entre la puerta y el marco interior había una finísima ranura.

Podía aprovechar aquella circunstancia. ¿De qué masera?

Dos horas después, le trajeron la bandeja con la comida.

Cuatro le alargó la bandeja, con su impasibilidad de costumbre.

Antes de tomarla con sus manos, Storch cogió uno de los bocadoillos y le quitó la envoltura. Olfateó un poco y torció el gesto.

—No parece que esté en buenas condiciones.

—Ojalá tuviese arsénico —gruñó el esbirro.

—Se nota que no es usted el cocinero —dijo Storch, sarcásticamente.

Y cogió la bandeja con ambas manos.

Cuatro dio media vuelta y se acercó a la puerta, al otro lado de la cual se hallaba uno de los pistoleros, vigilándole con la pistola ametralladora. Cruzó el umbral y cerró, empujando la puerta hacia atrás con la mano.

En el último instante, Storch alargó el pie y frenó ligeramente la marcha de la puerta con la puntera de su zapatilla. Al mismo tiempo, sosteniendo la bandeja con la mano izquierda, deslizó por debajo el trozo de papel encerado que había envuelto el bocadillo.

Trató de calcular el punto aproximado donde el pestillo se incrustaba en el hueco correspondiente de la jamba. Cerró la puerta y observó con satisfacción que el papel permanecía sujeto, sin caer al suelo.

Luego se dirigió a la cama. Puso la bandeja sobre sus rodillas, sentado en el borde, y empezó a comer, despacio, con parsimonia, ignorando deliberadamente el continuo enfoque de la cámara de televisión.

Con los bocadillos, despachó la cerveza. La leche fue consumida en último lugar. Luego dejó los cubiertos a un lado, excepto la bandeja, que quedó sobre la cama. Una vez terminado, se tumbó boca arriba, puso las manos bajo la nuca y se dispuso a esperar.

En sus primeros encierros, la luz del cuarto se atenuaba notablemente cuando llegaba la noche. Ahora, puesto que habían decidido enloquecerle por falta de sueño, la iluminación continuaba siempre con la misma intensidad.

Storch notó bien pronto la excitación causada en su organismo por la poco agradable combinación de anfetamina y simpatina. Durante un buen rato, todo su cuerpo fue un puro temblor nervioso. Incluso llegó a ver manchas de colores delante de sus pupilas, pero poco a poco fue calmándose, aunque sin llegar todavía a sentir la necesidad de sueño.

Pero inevitablemente habría de llegar un momento en que su organismo necesitase del indispensable período de descanso que concede el sueño. Entonces, su sistema nervioso iniciaría una lucha terrible contra las drogas. El resultado sería desastroso para su mente.

Podía negarse a comer, cierto. Pero el hambre le vencería.

Y aceptaría una bandeja con comida drogada, tal vez con una dosis doble. Sería una especie de pelea de su mente contra el cuerpo. Ganaría, acaso, el cuerpo, pero la mente quedaría destruida.

Y Arthyll habría triunfado.

CAPÍTULO XIV

Se sentó en la cama, jugueteando distraídamente con la bandeja de plástico. Observó los reflejos en la pared próxima y procuró situarla apoyada en la cama y la pared, de modo que el resplandor que emitía al devolver la luz de la lámpara fuese a parar directamente al objetivo de la cámara de televisión.

Apenas lo hubo conseguido, se levantó de un salto y corrió hacia la puerta. El observador, si había alguno ante los monitores en aquel instante, estaría cegado momentáneamente. El brillo de la bandeja, aunque escaso, impediría la recepción de señales de imagen.

Para mayor seguridad, se había arrancado la inicial metálica de un tirón, dejándola junto a la bandeja. Esto hacía, además, que la cámara permaneciese constantemente fija en un punto. Alcanzó la puerta y empujó suavemente.

Estuvo a punto de lanzar un alarido de alegría. El papel encerado había bloqueado el pestillo.

La puerta cedió y el papel cayó al suelo. Storch asomó la cabeza.

El pasillo estaba desierto. Se disponía a lanzarse al exterior, cuando oyó pasos.

Retrocedió, cerrando la puerta y poniendo de nuevo el papel en la misma posición. Un hombre desfiló por delante de él hacia el fondo del corredor.

Storch empujó ligeramente la puerta. Oyó el ruido de una cerradura y luego una voz hombruna:

—Aquí tiene su comida.

—Llévesela. No quiero nada de ese asesino.

Era una voz de mujer la que respondía al individuo. Storch sufrió un terrible estremecimiento al reconocer aquella voz.

La cabeza le dio vueltas. Pero ¿no le había dicho Arthyll que Selene...?

—Es igual —dijo el esbirro—. Ahí tiene la comida... Cómasela o tírela, a su gusto.

Una puerta se cerró de golpe. Storch se quedó inmóvil.

Los pasos resonaron nuevamente en dirección a la salida. El joven aguardó todavía unos momentos, con los nervios en tensión.

El silencio volvió al subterráneo. Storch se atrevió a asomar la cabeza por segunda vez.

Nuevamente había quedado desierto el subterráneo. Caminó con rapidez, sin hacer el menor ruido. ¿Cuál era la puerta que había abierto el esbirro?

Todas tenían un pomo cuyo sólo movimiento de giro bastaba para abrir. Storch probó una puerta y contuvo una exclamación de disgusto.

La habitación estaba vacía. Pasó a la siguiente y abrió.

Selene, tendida en su cama, le miró con enojo primero, creyéndole un esbirro de Arthyll. Luego, al reconocerle, sus ojos se dilataron enormemente.

Storch se dio cuenta de que la muchacha iba a lanzar un grito y se llevó un dedo a los labios, imponiéndole silencio. Luego hizo señas con ambas manos, recomendando calma.

Selene se sentó en la cama. Storch asomó la cabeza.

Sí, había una cámara análoga vigilando todos los movimientos de la joven. Storch le hizo señas nuevamente de que permaneciese quieta y luego entró en la habitación, deslizándose junto a las paredes, a fin de permanecer fuera del campo del objetivo de la cámara.

Ésta se hallaba a poco más de dos metros de altura sobre el suelo. Storch alargó la mano y tanteó unos cables en el hueco. Agarró con la mano, tiró con fuerza y los rompió.

—Ya puedes salir —dijo.

Selene se levantó de un salto y corrió hacia él. Storch levantó la vista y sonrió satisfecho.

La cámara había permanecido inmóvil. Ya no pedían observar su presencia en la celda de la muchacha.

—Jerry —dijo ella—, esto me parece un milagro... ¡Cómo...!

—Más milagro me parece a mí —contestó él—. Arthyll me dijo que habías muerto.

—Es una bestia asesina —calificó Selene—. Si supieras lo que

hizo conmigo...

La muchacha vestía un mono análogo al de Storch. De pronto, se descorrió el cierre relámpago que lo cerraba por delante, volviéndose al mismo tiempo.

Luego se bajó la prenda hasta la cintura, vuelta de espaldas a Storch. El joven contuvo un grito de horror y de rabia.

En aquella blanca carne se veían las inconfundibles señales de unos latigazos. Storch no era entendido en modo alguno en torturas, pero pudo darse cuenta de que las señales, que llegaban de costado a costado, eran muy delgadas.

—¿Lo ves? —preguntó Selene.

—Sí —respondió él, con los labios muy prietos—. Cúbrete, por favor. Luego me contarás.

Selene se subió el mono y cerró la cremallera. Luego se volvió hacia él.

—¿Cuáles son tus proyectos, Jerry? —inquirió.

—Escapar de aquí, naturalmente.

—No podrás —dijo Selene.

Storch sonrió, a la vez que hacía saltar algo en la palma de su mano. Era un objeto pequeño, de metal, muy brillante.

—Me la diste la primera vez, ¿recuerdas? Entonces yo tenía las manos atadas atrás y tú apoyabas una pistola en mi espalda.

Los ojos de la muchacha se dilataron de asombro.

—¡La llave!

—Exactamente —confirmó Storch.

Storch agarró la mano de Selene y tiró de ella hacia afuera.

—Vamos —dijo—. Tú me guiarás; conoces mejor que yo la disposición de los subterráneos.

—No lo creas —contestó ella, tristemente—. Es la primera vez que tengo acceso a ellos.

—Involuntariamente, por supuesto.

—¿Podría pensarse otra cosa, Jerry?

Corrieron hacia la salida. Alcanzaron el rellano y escucharon un momento.

—Todo parece muy quieto —murmuró él, a la vez que insertaba la llave en la cerradura—. ¿Cómo la conseguiste, Selene?

—Empecé a buscar cuando oí las primeras noticias acerca de vosotros. Arthyll no me tuvo nunca al corriente de sus intenciones,

pero a veces se le escapaban frases que no resultaban difíciles de comprender.

—Sí, continúa.

—Me pareció monstruoso lo que pretendía hacer. Por eso me prometí a mí misma ayudarlos... ayudar al primero que tuviese ocasión, a fin de que saliera y avisara a la policía.

—La policía... —repitió él, sarcásticamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Selene, extrañada.

—Ya te contaré.

La puerta quedó abierta al fin. Storch divisó delante de ellos una escalera que conducía a los pisos superiores.

—Vamos —murmuró.

Subieron poco a poco. Storch tenía los nervios punto de estallar.

Carecía de armas. Afuera había, al menos, cuatro hombres provistos de pistolas ametralladoras.

Además, era preciso contar con Oppimer y el propio Arthyll. Por tanto, les convenía moverse con grandes precauciones.

Momentos después, alcanzaban el vestíbulo. Storch observó complacido que era de noche.

—Saldremos por la tapia —dijo.

—Hay un cable de alta tensión a lo largo de todo el borde.

—Provocaré un corto circuito. Sígueme, Selene.

Corrieron hacia la cristalera. De pronto, al otro lado, no lejos de la terraza, vieron a un pistolero que se paseaba con la metralleta colgada del cuello.

—Atrás, atrás —dijo él, tirando de la mano de Selene.

El vigilante se paseaba parsimoniosamente. Era preciso esperar a que hubiera desaparecido de su vista, en continuación de su ronda nocturna.

Storch y Selene buscaron un lugar desde donde no podían ser observados por el vigilante. Pero apenas lo habían alcanzado, se oyó un grito terrible:

—¡El prisionero! ¡El prisionero! ¡Se ha escapado!

Oppimer, con los ojos desorbitados por el espanto, salió del cuarto de control y se dirigió a la carrera hacia la escalinata interior que conducía al piso superior. Iba tan ciego que no reparó en los dos bultos oscuros que había agazapados al pie de la escalera, en la zona de más sombra.

Los pasos de Oppimer se alejaron hacia la parte de arriba. Storch maldijo la inoportunidad del técnico. Los grifos de alarma del hombrecillo iban a frustrar su evasión.

Storch concibió, de repente, una idea que estimó podía constituir su salvación.

—¡Ven, Selene!

Se puso en pie y echó a correr hacia la sala de instrumentos. Ella le siguió sin protestar.

En el momento en que iban a franquear el umbral, Storch miró hacia el exterior.

El vigilante les había visto y se lanzaba hacia la casa, empuñando la pistola ametralladora con ambas manos. Storch empujó a la muchacha.

—Entra, Selene.

Ella obedeció. Storch se demoró deliberadamente unos instantes.

El vigilante abrió la puerta de cristales y le apuntó con el arma, justo en el instante en que Storch cerraba la de acceso a la sala. La ametralladora tableteó con furia.

Se oyó un terrible alarido. Storch guiñó un ojo a Selene, a la vez que le hacía señas para que se retirase al fondo de la sala.

Luego se dejó caer al suelo, enseñando un pie a través del hueco de la puerta mal cerrada. El pistolero corrió hacia él y terminó de abrir la puerta.

En el mismo instante, dos pies le golpearon en las pantorrillas, haciéndole perder el equilibrio.

Sonó un rugido de rabia. El esbirro cayó de espaldas, soltando la metralleta instintivamente. Pero un segundo después, todavía en el suelo, se abalanzó hacia el arma.

Storch, también caído, estiró ambos pies, golpeándole despiadadamente en la cara. El pistolero retrocedió un poco, con las facciones deformadas por el sufrimiento. Storch alargó una mano y se apoderó de la metralleta.

—Quieto o te abraso —dijo, encañonando a su adversario con el arma, a poco menos de dos metros de distancia.

El pistolero se inmovilizó. Storch quiso estar seguro de que no sería atacado de nuevo.

—Regístrale, Selene.

Momentos después, la muchacha blandía una pistola automática

de pavoroso aspecto. Storch examinó el arma rápidamente y quitó el seguro.

—Si sé mueve, aprieta el gatillo —dijo.

—Lo haré —prometió ella, con acento resuelto.

Storch se asomó al exterior. Arthyll y Oppimer aparecían en aquellos instantes en lo alto de la escalinata.

Storch envió una ráfaga, cuyos proyectiles silbaron sobre las cabezas de los dos hombres. Oppimer lanzó un chillido de terror y se lanzó al suelo. Arthyll corrió a esconderse.

Otro pistolero apareció en el extremo opuesto del vestíbulo. Storch se le anticipó con una ráfaga, esta vez al bulto.

Se oyó un rugido de dolor. El esbirro se desplomó instantáneamente.

Pero casi en el acto, Storch vio aparecer a cuatro y al otro pistolero por la puerta que daba a los subterráneos. Ambos iban armados y el joven comprendió que no podría luchar con ellos.

Retrocedió y cerró de una patada.

—¡Apártate, Selené! —gritó.

La muchacha obedeció. Instantes después, se oía un ensordecedor tableteo en el exterior.

Saltaron astillas de la puerta. Las balas irrumpieron en la sala, destrozando algunos instrumentos. Los cortocircuitos produjeron chispas aparatosas.

Arthyll ladró una orden:

—¡No tiren más! ¡Alto el fuego!

Los disparos cesaron instantáneamente. Un gran silencio se desplomó sobre la casa.

Storch miró a su alrededor. El pistolero desarmado estaba en un rincón, con las manos en alto y una expresión de insuperable pánico en su cara. Por el momento, había dejado de ser enemigo.

Pero ellos no habían ganado gran cosa con haberse evadido del subterráneo. Aquella habitación no tenía más que una salida: la puerta acribillada a balazos.

CAPÍTULO XV

Era lógico que una sala destinada a comunicaciones y control de emisiones estuviese perfectamente insonorizada y aislada del exterior. La puerta era de madera muy gruesa, acolchada por su interior, pero no había blindaje suficiente para las balas calibre cuarenta y cinco que disparaban las pistolas ametralladoras.

La voz de Arthyll sonó de pronto, a través de un altoparlante.

—¡Storch! ¡Ríndase! ¡Le prometo que no le causare ningún daño!

El joven se acercó a la puerta y abrió cautelosamente una rendija.

—¡Váyase al diablo, Arthyll! ¡De usted no creeré ya nada en lo sucesivo!

—Las municiones se le acabarán...

—¿Por qué no viene usted a hacerme agotar las que me quedan?
—contestó Storch burlonamente.

Y cerró de golpe la puerta.

Miró a Selene. La muchacha se mantenía serena, aunque estaba muy pálida.

—Has hecho bien, Jerry —aprobó ella—. Cualquier cosa es preferible a caer de nuevo en su poder.

—Encontraremos una salida —aseguró Storch—. De momento, vamos a quitarnos un estorbo de en medio. ¡Usted, tiéndase en el suelo, boca abajo! —Se dirigió al pistolero.

La orden fue cumplida sin rechistar.

—Selene —dijo el joven a continuación—, busca cable eléctrico. Por aquí tiene que haber de sobra.

Momentos después, el pistolero estaba atado de pies y manos. Storch dirigió una mirada de ánimo a la muchacha.

—¿Cómo te encerró Arthyll? —quiso saber.

—Se dio cuenta de que me había delatado a mí misma cuando vimos a los mastines. ¿Recuerdas lo que dije entonces?

Storch hizo un signo de asentimiento.

—Sí, dijiste que te habías olvidado de los mastines o algo parecido...

—Justamente. Para él resultó suficiente.

—Y te encerró en el sótano.

—Sí.

—Y... ¿los azotes?

—Me los daba él en persona con un cable muy fino. Seis. Todos los días.

Storch se pasó la mano por la cara. Un clarísimo caso de sadismo. A Arthyll le gustaba torturar a las personas, no importaba quiénes fueran ni los motivos.

—Fue un enfermo mental latente, sin él saberlo, hasta que su hermano murió en el tiroteo con la policía. Entonces, la enfermedad se desencadenó y le hizo perder la razón, al menos en determinados aspectos —dijo, como si hablase consigo mismo.

—Así ocurrió, Jerry —confirmó la muchacha—. Todo este tiempo hemos estado en poder de un loco...

—Todavía seguimos en su poder —puntualizó él.

Selene lanzó un suspiro.

—¿Por cuánto tiempo más, Jerry?

Storch dirigió una mirada hacia la puerta.

Arthyll estaba loco, pero no tanto que no previera lo que podía sucederle si se descubrían sus crímenes. En modo alguno permitiría que salieran con vida de aquella mansión de horror.

De repente, Storch observó que unas delgadas columnitas de humo empezaban a brotar por los orificios abiertos por las balas en la puerta.

—¡Jerry! —gritó la muchacha—. ¡Gas!

Storch apuntó hacia la puerta y disparó el arma, moviéndola en abanico. Al otro lado se oyó un alarido desgarrador.

El gas dejó de entrar inmediatamente. Storch retrocedió hasta el fondo de la habitación, arrastrando consigo a Selene.

—Es preciso dejar que el gas se disuelva en la atmósfera —dijo.

Durante unos momentos, se sintieron enfermos, acometidos por náuseas, vértigos y mareos. Storch se extrañó de semejante malestar.

Pronto encontró la solución.

—Estamos empapados de estimulantes —dijo—. El choque del narcótico con la anfetamina ha provocado a nosotros estos trastornos. Pero se nos pasarán muy pronto.

Así sucedió a los pocos minutos. De repente, se oyó un golpe tremendo en la puerta.

La madera crujió alarmantemente.

—¡Quieren echarla abajo! —gritó Selene.

Storch se mordió los labios.

—¡Más fuerza, más fuerza! —Sonó la colérica voz de Arthyll en el vestíbulo.

Seguramente, pensó Storch, empleaban algún poste o quizá era la misma tabla que le había servido de puente en sus primeras pruebas. La tabla era realmente muy sólida y podía ser empleada perfectamente como ariete.

Era indudable que la puerta saltaría dentro de pocos segundos. Storch decidió actuar a la desesperada.

—Selene —murmuró—, tumbate en el suelo. Cuando yo te lo ordene, dispara la pistola.

—Sí, Jerry.

Storch buscó con la vista, hasta encontrar un televisor de regulares dimensiones. Arrancó a tirones los cables de conexión y, agarrando el aparato con ambas manos, se situó junto a la puerta.

La cerradura saltó en aquel instante con atronador crujido. La puerta giró violentamente.

—¡Están sin sentido! —gritó cuatro, engañado al ver a Selene caída en el suelo.

Cruzó el umbral impetuosamente. En aquel momento, el televisor descendió violentamente sobre su cabeza, encasquetándosele hasta los hombros.

Cuatro lanzó un rugido aterrador, a la vez que forcejeaba con ambas manos para quitarse de encima aquel artefacto, cuyos mecanismos destrozados por el golpe le laceraban cruelmente la cara. Junto a él estaba otro de los pistoleros, momentáneamente desconcertado por el contraataque de Storch.

Selene se incorporó en aquel momento y disparó tres veces. El pistolero elevó los brazos al cielo, lanzó un grito ahogado y cayó de espaldas.

Storch asestó a cuatro un terrible puntapié en el vientre,

arrojándolo fuera de la estancia. Luego se precipitó sobre la metralleta abandonada y, sin mirar siquiera, disparó una larga ráfaga en abanico.

Detuvo el fuego antes de consumir todos los cartuchos del arma. Retrocedió de un salto y cerró la puerta de una patada. Antes de que se cerrase, tuvo tiempo de ver a cuatro revolcándose convulsivamente por el suelo, con la cara llena de sangre.

Jadeante, con el rostro cubierto de sudor, miró a Selene y le dirigió una sonrisa de ánimo.

—Te has portado muy bien —elogió.

—Tenía mucho miedo —confesó Selene llanamente.

—Eso fue lo que te impulsó a la acción —dijo él. Y añadió—: Por ahora, la iniciativa continúa en nuestras manos.

—Sí, pero ¿por cuánto tiempo?

Selene tenía razón, pensó Storch.

A Arthyll le quedaban todavía muchos recursos. Y armas de sobra. Incluso podía llamar al venal sargento Brueghel en su auxilio.

Un profundo silencio se hizo en la casa. Storch se sentía cansado, pero los estimulantes dominaban todavía en su organismo.

—Creo que las drogas han sido un arma que se ha vuelto contra el propio Arthyll —dijo—. De este modo, no puede mantener indefinidamente un sitio, confiando en que nos rinda el sueño.

—¿Qué me dices del hambre y la sed? —preguntó Selene.

—Por ahora, no tengo. ¿Y tú?

—Podemos aguantar muchas horas —dijo ella.

Storch hizo un cálculo de las fuerzas del enemigo. Probablemente solo quedaban Arthyll y Oppimer. Había muerto un pistolero, tenía un prisionero y otro estaba, casi con seguridad, herido de gravedad. A cuatro podía considerársele fuera de combate, después de haberle encasquetado el televisor en la cabeza.

¿Debía intentar una salida?, se preguntó.

De pronto, creyó oír voces en el exterior.

Se acercó a la puerta.

—¡No, eso no! —decía Oppimer, aterrado—. Hará demasiado ruido...

—¡Déjame, maldito idiota!... —vociferó Arthyll descompuestamente—. Tengo que cogerlos prisioneros, aunque estén heridos. He de hacerles pagar todos sus desafueros... a ella, su

traición... a él, la muerte de mi hermano... ¡Mi pobre hermano Ben! ¡Storch inició su muerte! ¿Me oye, Oppimer? Yo les haré suplicarme, mil veces que les de una... muerte rápida... y estarán muriendo días y días... muchos días, muchos días...

Arthyll había dejado de razonar.

En su mente sólo había una idea fija, obsesiva: la venganza.

Acometido por un súbito presentimiento, Storch agarró la mano de la joven y tiró de ella.

—Ven, Selene.

Corrieron hacia el extremo opuesto de la estancia. En el mismo momento, un tremendo estampido hizo trepidar los muros de la casa.

La puerta saltó en pedazos. Storch oyó un zumbido, conocido tiempo atrás.

—¡Ha sido una bomba de mano! —exclamó aterrado, viendo la nube de humo que empezaba a penetrar a través del hueco abierto por la explosión.

Por aquel hueco podía entrar también una segunda bomba de mano y estallar más cerca. Sin la menor vacilación, envió una larga ráfaga de balas al vestíbulo.

Sonó una infernal carcajada.

—¡Esperaba sus disparos, Storch! —dijo Arthyll—. Pero no me ha alcanzado uno solo de ellos. En cambio, yo, ahora, con esta bomba de mano...

Una voz de tonos imperativos se dejó oír de pronto.

—¡Suelte la bomba, señor Arthyll! ¡Suéltela o juro que ordenaré a mis hombres que le acribillen a balazos!

Storch estuvo a punto de lanzar un grito de alegría.

Acababa de reconocer aquella voz. Era la del comisario McGinnis.

Storch, sujetando a Selene por la cintura, salió al vestíbulo. Arthyll, con la cara impasible, se hallaba en pie, rodeado por unos cuantos policías de uniforme.

—¿Se encuentran bien? —preguntó el comisario.

Storch hizo un gesto de asentimiento.

—He tenido que defenderme a tiros —dijo.

—Era justo —aprobó McGinnis. Se volvió hacia el loco—. El sargento Brueghel está arrestado. Lo ha confesado todo.

Arthyll no se inmutó.

—Sospechábamos de él. Cuando regresó, diciendo que no había ocurrido nada aquí y que el señor Storch había retirado la denuncia, activamos las investigaciones. Descubrimos ingresos en su cuenta corriente que eran muy superiores a los que podían proceder de su paga. El domicilio del señor Storch estaba vacío. Con todo esto, iniciamos la encuesta. Brueghel se rindió muy pronto. Sabemos, por tanto, todo lo que ocurrió aquí.

El dueño de la casa permanecía callado, como ausente de cuánto decía el comisario.

—Para usted será una suerte, señor Arthyll —prosiguió McGinnis—. Los médicos le declararán loco, con lo que se evitará ir a la silla eléctrica.

McGinnis meneó la cabeza.

—Su hermano no se merecía el afecto que usted le tuvo —añadió—. Era un perfecto canalla.

—¡Era mi hermano! —chilló. Arthyll, rompiendo su silencio—. Nadie tenía derecho a matarle...

—¿Ni siquiera usted mismo? —preguntó McGinnis.

Arthyll respingó.

—¿Qué es lo que quiere decir, comisario? —preguntó.

—Le diré una cosa, señor Arthyll. Después de atracar el Banco, su hermano fue acorralado. Le pidió a usted ayuda. Usted acudió sin ser visto y le ayudó a defenderse del acoso de mis hombres. Estuvieron a punto de escapar... En realidad, usted sí escapó. ¿Recuerda? La Prensa habló mucho aquellos días del misterioso enmascarado que había tratado de ayudar a Ben «El Guapo». Pero cuando una de nuestras balas le alcanzó y Ben se sintió herido, usted comprendió que no podría llevárselo consigo sin ser capturado también. Ben le dijo que se fuera y usted huyó, disparando para evitar la persecución. Una de sus últimas balas alcanzó a Ben de lleno y fue precisamente la que le dio muerte. ¡Arthyll, usted fue el que mató a su propio hermano!

Hubo un momento de silencio. Storch tenía la boca abierta a causa del asombro que le producía la revelación del comisario.

Los ojos de Arthyll estaban dilatados enormemente. De súbito, un rugido inhumano se escapó de sus labios.

Empezó a reír como un poseso. Eran unas carcajadas

esplendentes, horribles.

—Póngale las esposas —ordenó McGinnis.

Arthyll, con un tremendo empujón, rechazó a los policías que se le acercaban y se abalanzó hacia la salida.

—¡No, no, nadie me encerrará en un manicomio! —gritó como un poseído.

Saltó hacia adelante para atravesar la puerta cristalera. Pero el vidrio poseía una transparencia absoluta y no se dio cuenta de que estaba cerrada.

Se oyó un tremendo estrépito cuando el impacto hizo saltar los cristales en mil pedazos. Arthyll cayó al suelo, emitiendo un gorgoteo aterrador, a la vez que se llevaba ambas manos a la garganta, de la que brotaban unos enormes caños de sangre.

Storch hizo que Selene se volviese, para que no presenciase aquella horrible escena. Una de las astillas de vidrio había seccionado la yugular del demente, cuyos movimientos espasmódicos cesaron bien pronto.

Un policía cubrió con una manta los ensangrentados restos de Arthyll. Storch lanzó un suspiro de alivio.

La pesadilla, al fin, había terminado. En el vestíbulo, unos policías se encargaban de Oppimer, el pistolero capturado y los heridos.

Storch se dirigió al comisario.

—¿Podemos marcharnos? —preguntó.

—Por supuesto. Ya les avisaré cuando tengan que declarar —respondió McGinnis.

Storch y Selene, juntos, abandonaron la casa. El joven levantó la vista al cielo, en el que ya se veían las primeras luces del alba.

—Selene —dijo, ya en el parque.

—¿Sí, Jerry?

—¿Sabes lo primero que voy a hacer cuando llegue a mi casa?

—No. Dímelo, ¿quieres?

—Estaré durmiendo veinticuatro horas seguidas. Luego te llamaré por teléfono.

Ella le miró y sonrió.

—Una excelente idea, Jerry —aprobó—. Y, ¿qué me dirás?

—No lo sé, pero ya se me ocurrirá algo. Tenemos que cimentar nuestra amistad, opino.

—Es una opinión con la que yo también estoy de acuerdo —
respondió Selene, sintiendo en su mano el cálido y confortador
contacto de la mano de Jerry.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares

EDITORIAL BRUGUERA, S

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

